

PUNTO

ROJO

BB

LA ESCALERA DE CARACOL

silver kane

SILVER KANE

LA ESCALERA DE CARACOL

1.^a EDICIÓN
MARZO - 1963



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 1564 - 1963

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 102/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

794 — Lord Diablo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

610 — Atadid B-4.

En Colección BUFALO:

420 — La dama negra.

En Colección SALVAJE TEXAS:

355 — Una mujer de saloon.

En Colección CALIFORNIA:

315 — Miss Muerte.

En Colección COLORADO:

208 — Su último desafío.

En Colección KANSAS:

232 — Estrella negra.

En Colección ASES DEL OESTE:

194 — Siete horcas.

En Colección BRAVO OESTE:

67 — El paso de Satán.

En Colección PUNTO ROJO:

46 — Cuatro puertas rojas.



CAPÍTULO PRIMERO

Phil, director adjunto de la «Reynols Insurance Co», oprimió uno de los botones del dictáfono y dijo:

—Míster Hodgson, haga el favor de venir a mi despacho.

Míster Hodgson entró minutos más tarde.

Era un tipo así de alto, así de ancho y así de bestia. Había llegado a jefe de personal de la «Reynols» a base de no faltar un día, de no ponerse enfermo nunca, de decir «sí» a todo lo que ordenaba el jefe y «no» a todo lo que los empleados pedían.

Tenía cara de tigre, pero eso no se lo decía nadie.

Phil se retrepó en su asiento para decir:

—Va a haber trabajo extra, Hodgson.

—¿De qué clase, señor?

—Necesitaré repasar las estadísticas de los dos últimos años, y dictar un informe. Tengo que disponer de una secretaria, como es natural. ¿Qué le parece Mara?

Hodgson abrió las fauces.

—Excelente, señor.

—Dígale de mi parte que tendrá que quedarse después de las cinco. Probablemente trabajaremos hasta las ocho, o algo así. Como es lógico, se le abonarán las horas extra.

—Se lo diré, señor. ¿Algo más?

—Nada, Hodgson. Retírese.

El tigre se retiró meneando la cola.

Cuando el otro hubo cerrado la puerta, Phil oprimió un segundo botón del dictáfono.

—Seila... —dijo.

—Voy, Phil.

La puerta que comunicaba con el despacho de la secretaria de dirección se abrió un momento más tarde. Una mujer ondulante entró.

Debía contar unos veinticinco años, y tenía el aire de una auténtica princesa. Lucía un modelo muy poco apto para trabajar, pues más bien parecía un vestido de noche. Era de lamé de plata y tenía sobre las rodillas una abertura en forma de «v». Esto hacía que a cada gesto las maravillosas piernas de la mujer, enfundadas en prietas medias de la mejor calidad, destacasen cómo las de la «*vedette*» de una revista.

Hodgson y cualquier otro hubiera abierto la boca ante ella, pero Phil ni la miró.

Y es que a todo se acostumbra uno, demonios.

Ella se sentó, cruzando exquisitamente las piernas, y tomó un cigarrillo de la pitillera de oro que había sobre la mesa.

—Querido...

Phil se recostó en el butacón perezosamente.

—No es necesario que fumes —dijo—. Lo único que quería advertirte es que esta noche no te quedes.

Las facciones de muñeca cara de la mujer palidieron un momento, y luego quedaron tensas.

—¿Cómo?

—Que no te quedes esta noche, está claro. Tengo trabajo.

—¿Así que no vas a llevarme a cenar y a bailar como otras noches?

—No, y cree que lo siento. Un negocio urgente...

Ella apretó los labios.

—Ya veo. El negocio urgente es mi sustituta.

Los labios gruesos y sensuales de Phil sonrieron cansadamente.

—Mira, Seila; los dramas déjalos para otro sitio.

—Quiero, al menos, saber quién me desbanca. ¿En quién te has fijado esta vez?

—En nadie... ¡Qué pesadas sois las mujeres! ¿No te he dicho que tengo trabajo?

—¿Es Moira?

—No...

—¿Esther?

—No...

—¿Judith?

—No...

—¿Mara?

Esta vez los labios del hombre tuvieron un involuntario fruncimiento que no pasó inadvertido para la mujer.

—¡Es Mara! —dijo poniéndose en pie furiosamente.

Pero en menos de un segundo cambió de actitud. Como una tigresa, sinuosamente, se acercó a Phil para sentarse en sus rodillas.

—¡Oh, cariño, tú no te has fijado bien en ella! ¡Si es apenas una chiquilla! No podrá hacerte feliz ni un minuto, te lo digo yo...

Phil se la quitó de encima un poco bruscamente, fastidiado por aquella presencia de la que se había cansado ya.

—¡Tengo trabajo, Seila, y estamos en la oficina! ¡Demasiadas explicaciones te he dado ya!

Ella se revolvió como si estuviera pateando un áspid.

—¡Dirás mejor que estamos en la oficina de tu padre!

—Pero mi padre no viene por aquí, muñeca, y a mí me ha nombrado director adjunto. De modo que harás bien en obedecer y largarte. ¡Vamos, arreando! ¡Fuera de aquí!

Seila, con lágrimas de humillación en sus hermosos ojos, se encaminó hacia la puerta que separaba los dos lujosos despachos.

—Pagarás esto, Phil, te lo juro —jadeó—. Algún día lo pagarás de un modo horrible...

Mientras tanto, en la oficina general, los ojos de Hodgson recorrían golosamente, una a una, las líneas de la más joven de las empleadas de la sección técnica.

Ésta resultaba muy distinta de Seila.

Mara tendría unos diecinueve años, no más. Su vestido, al contrario del de Seila que era complicado, resultaba todo sencillo.

Un niqui fino que realzaba las líneas juveniles y poderosas de su busto. Una falda negra de tela gruesa, muy ceñida a las caderas. Unas medias finas y unos zapatos de alto tacón. Allí, quieta ante uno de los archivadores metálicos, parecía una muñeca. A Hodgson se le hizo la boca agua.

—Miss Sutton —dijo.

Mara Sutton se volvió. Sus ojos de un extraño color azul-gris miraron al hombre.

—Diga, míster Hodgson.

—Una vez den las cinco, deberá quedarse usted a disposición del

señor director adjunto.

«Deberá». La palabra y el tono imperativo molestaron a Mara Sutton, que se mordió los labios.

—¿Para qué, míster Hogdson?

—El señor director adjunto tiene trabajo urgente y requiere los servicios de una secretaria.

—¿No tiene una?

—Miss Seila está enferma —mintió Hodgson—. Además, ¿debo entender que usted se niega a acatar la disciplina de la empresa?

«Nadie puede obligarme a hacer horas extraordinarias contra mi voluntad», fue a contestar Mara.

Pero calló. Allí tenía un buen sueldo, como casi todo el mundo, gracias al padre de Phil, que era muy distinto de su hijo. Sería mejor tener paciencia por una vez, ya que no la molestaban con exigencias cada día.

Bajó la cabeza.

—Está bien, míster Hodgson —susurró—. Como usted ordene.

—Así se hace.

Iba a añadir... «muñeca», pero se calló.

Y así Mara no consultó aquella tarde su reloj, como las otras compañeras. Ella sabía que no podría salir a las cinco de la tarde.

Cuando todo el mundo marchó y ella quedó sola, le dolía la nuca y la cabeza le daba vueltas.

—Miss Sutton... ¿quiere venir a mi despacho?

Era la voz fría e impersonal de Phil, aquella voz que algunas muchachas decían susurrando que era agradable y que les causaba como un estremecimiento en la espalda.

Mara entró en el despacho de Phil. Tenía las facciones ligeramente ruborosas, y eso le daba, además de todos sus otros encantos, el de la timidez. Phil, aunque quiso disimular, la devoró con los ojos.

Se había fijado mucho antes en ella —gracias en parte a las faldas estrechas que estaban de moda y a las mesas de trabajo sin nada por delante—, pero nunca como en este momento le había parecido tan femenina, tan estilizada y tan moderna.

«Es tan flexible como una espiga» —pensó—. ¡Pero con qué formas!

—Siéntese, *miss* Sutton.

Ella obedeció, recogiendo bien la falda sobre las rodillas redondas y llenas.

Captó la centelleante mirada del hombre, que iba hasta el borde de la falda, y estiró ésta un poco más.

—Usted dirá, señor.

—Tome bloc y lápiz. Tengo que dictarle unos apuntes.

Durante casi dos horas le estuvo dictando unas notas que Mara ya recordaba haber visto por la oficina alguna otra vez. Seguramente aquellos informes no hacían maldita la falta, pero lo que Phil quería era tenerla allí. Notó perfectamente las miradas que él dirigía a sus rodillas, cada vez que creía tenerla absorta en su trabajo.

Lo peor de aquella situación era que Phil no le disgustaba del todo. Era cínico, era calculador, era mujeriego y vicioso, pero era joven, deportivo y elegante. Además, las que entendían de aquello cuchicheaban en la oficina que sabía besar bien.

Mara, en la soledad del despacho, tuvo miedo ante todo por ella, que se sabía débil si llegaba a caer en los brazos experimentados del hombre.

Por fin, después de las ocho, él susurró:

—Ya estamos listos, Mara.

—Mi nombre —dijo ella intentando mantener distancias—, es *miss* Sutton.

—De acuerdo, de acuerdo... No vamos a enfadarnos por una simple cuestión de nombres, ¿verdad? —dijo él sonriendo agradablemente—. Vamos cuando le parezca.

Mara se sintió aliviada. Al fin y al cabo, él no iba a aprovecharse de la situación ni de la soledad de las inmensas oficinas. Quizá había pensado mal sin motivo.

Salieron, atravesando los inmensos pasillos a media luz. Él ni siquiera la rozó. Cuando llegaron a la calle, le tendió la mano.

—Adiós, Mara, y gracias por haberme ayudado en esta importante labor.

—Disponga, señor.

—Mi nombre es Phil.

Mara sonrió, feliz y agradecida al no haber corrido ninguno de los peligros que llegó a temer.

—Entonces disponga, Phil.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana...

Mara abrió la portezuela de su coche, un «Pontiac» azul modelo 1960, limpio y cuidado como una bombonera. Phil se instaló en el suyo, un «Lincoln» modelo 1963, largo y poderoso como un portaaviones.

La muchacha giró la llave de contacto.

Normalmente el «Pontiac» se ponía en marcha en seguida, pero esta vez el motor auxiliar runruneó sin que la chispa saltara a las bujías.

—Qué extraño... —susurró Mara.

Phil, en la obscuridad de su coche, sonrió con satisfacción.

Bradley, su mecánico personal, había hecho un buen trabajo.

Al tercer intento infructuoso de la muchacha, salió de su cacharro y se acercó al de Mara.

—¿Qué le ocurre?

—No sé, no quiere arrancar.

—Déjeme ver...

Mara movió la palanquita que dejaba libre el capó, y Phil estuvo trasteando un rato.

—Pruebe ahora.

Mara probó. Nada.

—Es extraño... —dijo el hombre—. Tal vez se ha fundido la bobina, y estos modelos no llevan una de repuesto. En todo caso es una avería grave. Me temo que no pueda utilizar su coche.

Las oficinas estaban en un lugar apartado, al que difícilmente llegaban los taxis. Mara se llevó apuradamente una mano a los ojos.

—¿Y qué hago yo ahora? —musitó.

—Pues puede hacer una de estas dos cosas, o mejor dicho tres: Quedarse a dormir en el coche, salir a la carretera a hacer *auto-stop* o permitir que la acompañe a su casa.

Mara comprendió que no tenía opción.

—La tercera solución es la mejor. Si no le molesta.

—¿Cómo ha de molestarme?

Mara subió al poderoso «Lincoln», moviendo hábilmente el cuerpo para que la falda no subiese más de lo estrictamente necesario. Observó también esta vez el veloz relampagueo de la

mirada del hombre.

Phil dio gas, y el poderoso mecanismo respondió silenciosa y eficazmente. Salieron del aparcamiento privado de las oficinas, y ella advirtió:

—Vivo en la 104 Oeste.

—Ya lo sé. Suelo consultar de vez en cuando las fichas del personal, y tengo buena memoria.

—Es que no se va por ahí.

—Tengo que llevar antes unos documentos a mi padre, en su chalet de Long Island. ¿No le importará a usted acompañarme? Conviene que mi padre la conozca, que se dé cuenta de que hace usted sacrificios por la empresa.

—Su padre ya me conoce, Phil.

—¡Oh, entonces tanto mejor! La invitará a tomar un combinado y charlaremos. Gran tipo mi padre —añadió en tono voluble—. Si usted le es simpática la nombrará secretaria técnica.

Sin esperar el consentimiento de Mara, rodaba ya a buena velocidad en dirección a Long Island. La muchacha se mordió los labios, pero nada dijo. Si ahora demostraba miedo, Phil se reiría de ella. Diría que no era más que una niña tonta.

Hacia el sur de Long Island los chalets se iban haciendo cada vez más espaciados, más grandes y más ricos.

Quedaban lejos las playas populares de Coney Island, donde en los días de verano una no tenía sitio ni para tenderse sobre la arena.

Aquí todo era distinguido, reservado, exclusivo. Hasta el aire fino, suave y penetrante parecía hecho para los millonarios.

Remontaron una pequeña colina y por fin Phil dijo suavemente, mientras frenaba:

—Aquí es.

La casa era grande, suntuosa, solemne, y tenía luces en todas las ventanas de la planta baja.

Aquello tranquilizó por completo a Mara.

Las luces indicaban que el viejo mister Reynolds estaba allí. Phil no la había engañado. En realidad, y a pesar de su mala fama, en su comportamiento de aquella noche no había visto ni un solo detalle incorrecto.

Casi sonrió cuando dijo:

—¿Hemos llegado?

—Sí. Claro que sí, Mara.

Descendieron los dos, mientras hasta ellos llegaba el sonido de las olas de la cercana playa.

—¿Vamos?

—Vamos.



Fue entonces cuando Mara escuchó el aullido del perro

Fue entonces cuando lo oyeron.

El aullido del perro.

El aullido largo, bestial, del perro entre las tinieblas.

CAPÍTULO II

Hasta allí llegaba la melodía, la melodía lenta y amarga que las notas del piano desgranaban.

El teniente Fields gruñó:

—¿Es que hasta en el depósito de cadáveres hemos de oír música? ¿Quién toca?

—La música llega desde gran distancia, señor —dijo respetuosamente el sargento Compton—. Desde el otro lado de la calle. La oímos porque están todas las ventanas abiertas.

Fields miró por encima de su cabeza.

En efecto, todas las ventanas lo estaban. Funcionaban cansados los ventiladores en el bochorno de la tarde. Las moscas flotaban en el aire, sin irritarse por el olor a formol que despedían los cadáveres.

—Cochino oficio —dijo el teniente Fields.

Sus ojos fueron irresistiblemente hacia el cuerpo por cuya causa estaban allí, el cuerpo de una muchacha que apenas habría cumplido los diecinueve años. Desnudo bajo los focos, tenía un aire casi espectral de virgen torturada, tenía algo que casi hacía brotar lágrimas incluso de los ojos experimentados del teniente Fields.

Éste encendió su pipa.

—Es horroroso —masculló.

—Horroroso... —repitió el sargento como un eco—. ¿Se ha fijado, teniente? ¿Ha reparado ya en las marcas de los dientes?

Fields no quiso mirar.

Era alucinante, era como una visión de pesadilla. Y, sin embargo, no daba miedo, sino que obligaba a llorar.

—¿Documentos? —pidió el sargento.

—Sí, teniente. Los llevaba encima. Era una chica muy cuidadosa, una perfecta secretaria diría yo. Sus documentos estaban ordenados y a punto como si esperaran la revisión de la policía.

—¿Cómo se llamaba?

El sargento bajó los ojos al suelo y susurró:

—Mara Sutton.

CAPÍTULO III

Phil llevaba corbata negra.

La había llevado desde que vio a Mara Sutton metida dentro del ataúd, con las facciones espantosamente blancas, con las manos plegadas sobre el regazo, llevando aún en el cuello las mordeduras de la bestia.

También se notaba otra cosa en Phil que la muchacha se le escapó de las manos para siempre.

Bebía como un pirata.

Aquella tarde llegó borracho a la oficina, llevando aún el *smoking* de la noche anterior. A pesar de las horas transcurridas desde entonces, la resaca aún le duraba. Entró por la puerta privada, procurando que nadie le viese, y una vez en su despacho oprimió un botón rojo sobre la mesa, botón que hacía girar un panel de pared entero.

Detrás había un fantástico bar, provisto de todo lo preciso, y una cama para que Phil, en caso necesario, pudiera dormir sus cogorzas sin que se enterase nadie.

Entrando en el despacho cuando el panel de pared estaba en su sitio, daba la sensación de que allí no había nadie.

Phil entró en el compartimiento, se tumbó en la cama como estaba, y durmió al menos dos horas.

Cuando despertó, eran ya casi las cinco.

A su lado, olvidada desde tiempo atrás, tenía una revista de las que él solía leer. Una revista con chicas ligeras de ropa. Phil, que desde la muerte de Mara no se había acercado a ninguna mujer, la miró recelosamente.

Luego con más interés.

Cuerno, una de las chicas se parecía a Lena, la segunda ayudante de dirección.

No era ella, claro, pero como si lo fuese.

Cuerpo esbelto, cimbreante y juvenil. Poca cosa encima. Una sonrisa que mareaba y unos ojos que eran toda una invitación.

Phil masculló:

—Pues parece ella...

Otra vez, como en los mejores tiempos que precedieron a la muerte de Mara Sutton, pensó que ser jefe de una importante empresa había de tener sus ventajas. En sus inmensas oficinas al menos había doscientas chicas en edad comestible. ¿Y él no podía siquiera cenar con ninguna de ellas? ¿Para qué le servía tener plenos poderes si no podía permitirse de vez en cuando alguna pequeña libertad?

Se desnudó, dióse una ducha fría, y luego se cambió de ropas empleando el surtido armario que había en su dormitorio auxiliar.

Hecho esto, llamó a Hodgson.

Hodgson seguía siendo así de alto, así de ancho y así de bestia. Además, el muy buitre no había tenido ni la delicadeza de ponerse corbata negra.

Entró en el despacho de su jefe barriendo los suelos con la lengua.

—Diga, señor.

—Oiga, hoy tengo mucho trabajo. Necesitaré quedarme después de las cinco a dictar unas cartas y unos informes.

—Se está usted matando, señor.

—Ya lo sé. ¿Pero qué le vamos a hacer? La prosperidad de la empresa exige que uno le dedique todas las horas del día.

—Naturalmente, señor.

—Bien... —Phil hizo un amplio movimiento con las manos—. Como es lógico, no puedo hacer el trabajo yo solo. Necesitaré que me ayude una secretaria. ¿Cuál podría quedarse?

—La que usted designe, por supuesto.

—¿Qué le parece Lena?

—Unas piernas de campeonato, señor. Digo... tiene unas excelentes aptitudes como taquimeca y sin duda querrá quedarse.

—Dígaselo.

—De acuerdo, señor. No faltaba más, señor.

Hodgson salió del despacho. A partir de aquel momento ya no llamó «señor» a nadie más. Puso cara de tigre y se dirigió a Lena, que sólo tenía veinte años y escribía en su mesa con las rodillas

muy juntitas.

—¡Lena!

—Dígame...

—Tendrá que quedarse después de las cinco. El señor director adjunto la necesita.

Lena consultó el reloj de la oficina.

—Pero... ¡Si casi son las cinco ya, señor Hodgson! Además, había quedado con mi hermana en que saldríamos las dos de compras.

—Avísela.

—Señor Hodgson, yo...

—¡Cállese!

Lena se calló.

Sólo tenía veinte años y unos fuertes deseos de prosperar. La verdad era que lo necesitaba, porque su hermana sufría del corazón y se estaban gastando en ella una pequeña fortuna. No podía permitirse el lujo de decirle que no al poderoso Phil.

Ni por un momento recordó que a la muerte de Mara Sutton había precedido una invitación semejante. En realidad, aquello se había comentado muy poco, porque en la oficina se había echado tierra sobre el asunto.

A las cinco todas se marcharon, y ella se quedó.

Se quedó con los labios apretados y formando en su rostro como un delicioso piñoncito rojo, con sus manos quietas sobre la máquina y sus rodillas todavía muy juntas, pues el bandido de Hodgson tenía costumbre de echar ojeadas por debajo de las mesas.

A las cinco y diez sonó la voz de Phil en el dictáfono.

—Señorita Lena...

—Diga, señor.

—¿Quiere venir a mi despacho?

—Naturalmente, señor.

Phil, cuando la vio entrar, pensó que aún era más bonita que Mara. Tal vez aún estuviera un poco delgada, debido a su juventud, pero Lena lo compensaba con sus andares de sirena y la tersura maravillosa de su piel. Phil se dijo entre dientes que había elegido bien:

—¿Puede tomar unos informes a máquina?

—Claro que sí, señor.

—Siéntese.

Lena lo hizo, con las rodillas muy juntas.

Durante dos horas, como la otra vez, estuvieron trabajando. Y durante dos horas Phil se comportó también como el hombre más correcto que Lena había conocido nunca.

Cerca de las ocho, terminaron.

—Bien. Ya hemos concluido, señorita Lena. Gracias por su colaboración. ¿Le parece que nos marchemos?

—Como usted guste, señor.

Phil fue a recoger su abrigo de entretiempo, y al hacerlo rozó con la mesita donde había dejado olvidadas algunas revistas. Una de ellas era la de las chicas ligeras de ropa.

Cayó al suelo.

Lena se apresuró a recoger la revista.

—Tome, señor.

De pronto advirtió la clase de publicación que era. Se sonrojó inmediatamente.

—Di... Disculpe, señor.

—¿Por qué me pides disculpas? En todo caso tendría que ser yo.

Phil pensó que quizá la exhibición de aquellas fotografías haría entrar en ambiente a la chica. Le gustaba la forma que ésta tenía de sonrojarse. Bueno, en realidad le gustaba todo.

Abrió la revista.

—¿Has visto ésta?

Lena la miró. Miró a la chica que se parecía a ella. Miró su escasísima ropa.

Inmediatamente el rubor que cubría sus mejillas se convirtió en una mancha casi granate.

—¡Dios mío!

—¿Qué te ocurre? No serás tú, ¿verdad?

Lena no supo adivinar el tono ansioso que había en las palabras de Phil. No supo darse cuenta de que éste estaba deseando que ella dijese que sí, porque de ese modo le parecería todo mucho más fácil.

Pero Lena susurró:

—No, no soy yo.

—Sin embargo, os parecéis.

—Es mi hermana.

—¿Tú quéee...?

—Mi hermana Gloria.

—¿La misma con la que tenías que salir de compras?

Inmediatamente Phil lamentó que la otra no trabajase también en las oficinas.

—Me ha dicho Hodgson que padece del corazón —susurró—. Ya sabes cómo es Hodgson. Tiene fichas detalladas de todo el personal. Conoce sus preferencias, sus necesidades familiares...

—Sí, ya se cómo es el señor Hodgson.

—Pues nadie diría que tu hermana Gloria padece del corazón —dijo Phil, ya más animado.

—Esas enfermedades se dan a veces en personas que tienen un magnífico aspecto.

—Y ella lo tiene... Ya, ya... Magnífico.

—No comprendo cómo... ha podido hacer una cosa así. Posiblemente quiso ayudarnos, por el tremendo gasto que tenemos con ella. No puede sostener el ritmo de un empleo normal, y quizá por eso...

Phil se frotaba las manos de contento. De modo que en casa de Lena tenían muchos gastos...

Presa fácil.

Mientras pensaba en esto se daba cuenta de— que Lena estaba verdaderamente avergonzada, realmente hundida. Nunca a Phil se le habían dado las cosas tan fáciles como aquella noche.

—Vamos —dijo paternalmente—. Lo que ahora necesitas es descansar. ¡Lástima que yo no sea tu novio para invitarte a algún sitio!

Lena dijo tímidamente:

—Señor...

—No me considerarás demasiado importante para ti, ¿verdad?

—Pues... claro que sí, señor. Yo no soy más que una empleada.

—¡Oh, esas cosas ya han pasado de moda! Ahora la gente ya no se casa por razones de posición.

Lena creyó que Phil se estaba burlando de ella y no se atrevió a contestar.

Salieron a la calle.

Ya sólo quedaban dos coches en el gran *parking* privado. El flamante portaaviones de Phil y un modesto «Ford» modelo 1951.

—¿Es ése el tuyo?

—Sí, señor. No resulta muy moderno, ¿verdad?

—¡Oh, los coches antiguos son siempre los más seguros! Buenas noches, Lena. Y gracias por su ayuda.

Phil subió a su astronave y esperó.

Bradley, su mecánico privado, también había hecho con aquel «Ford» un trabajo de maestro.

No se pondría en marcha ni a tiros.

Después de varios intentos, Lena miró desesperadamente por la ventanilla. Phil se acercaba ya.

—¿Qué le ocurre?

—No sé. No arranca...

—Es extraño, porque estos coches no suelen dejarle a uno en la estacada. Yo entiendo un poco. A ver, déjeme.

Alzó el capó y se puso a manipular. Naturalmente, el coche no arrancó tampoco.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lena, desalentada.

—Pues una de tres cosas: O quedarse a dormir en las oficinas, o quedarse a dormir en el coche o permitir que yo la acompañe a su casa.

—Si usted fuera tan amable...

—Pues no faltaba más.

Subieron al acorazado de Phil. Éste conectó una placa al tocadiscos, mientras el motor runruneaba suavemente. La vida era magnífica, diablos. Hacía una espléndida noche y tenía a su lado una mujer de campeonato que además estaba avergonzada. ¿Qué otra cosa podía pedir?

—¿Dónde vives? —preguntó.

—Calle 16 Oeste.

Hizo arrancar al coche. Lena notó inmediatamente que no iban en su dirección.

—Creo que se confunde, señor —balbució.

—¿Por qué? ¡Ah, sí! —Phil simuló descender de la nube de sus grandes preocupaciones—. Me olvidaba. Hemos de entregar a mi padre los informes que hemos hecho. Es urgente, si no, no nos hubiéramos quedado. ¿Verdad que no tienes inconveniente?

—Si no es muy lejos...

—Apenas a veinte minutos de aquí, en Long Island.

—Entonces como quiera...

Rodaban por las calles semivacías en dirección a Long Island. No fueron veinte minutos, sino treinta. Phil no despegó los labios o habló de cosas triviales para dar confianza a la muchacha. Cuando llegaron a la casa junto a la playa, todas las luces de la planta baja estaban encendidas.

—¿No vienes?

—Yo no conozco a su padre, y tal vez...

—¡Oh, no le conoces! Mejor. Mi padre es un gran admirador de la gente joven, y da oportunidades a todo el mundo. Entra, te gustará conocerle. Es un hombre muy campechano.

—Si usted cree que no lo tomará a mal...

—¡Al contrario! ¡Estará contentísimo!

Descendieron del coche y Phil apagó las luces.

—¿Vamos?

—Cuando usted quiera.

Avanzaron hacia la casa y fue entonces, antes de llegar a la puerta, cuando lo oyeron.

Fue entonces, cuando oyeron aquel aullido estremecedor, infrahumano, salvaje, que parecía llenar la noche.

Lena se estremeció, pegándose instintivamente al brazo de Phil.

—¿Qué ha sido eso?

El aullido había cesado. Ahora no se escuchaba ni un susurro en todo el ámbito inmenso de la noche.

—Ha sido el perro —musitó Phil con los ojos entrecerrados—. El perro de las marismas.

—El perro de... de...

—De las marismas. Hay alguna por aquí cerca. No tiene importancia, ladran así a veces durante la noche.

—Pero... es que ha sido estremecedor...

—No hagas caso.

—Si vuelvo a oírlo creo que...

—¿Es que tienes miedo a los perros?

—No, claro que no —reconoció Lena, muy poco segura de sí misma.

—Entonces no seas tonta. Vamos.

Abrió la puerta con un llavín y se encontraron en un vestíbulo magnífico, amueblado con el más refinado gusto. Pese a ser aquélla

una finca de recreo cercana al mar estaba ornamentada como un departamento de lujo de la Quinta Avenida.

—¡Papá! —llamó Phil—. ¡Papá...!

Nadie le respondió.

En las grandes habitaciones vacías sólo resonaba el eco de sus voces.

—¡Papá! ¡Papá!

—Es extraño —dijo, al fin, mirando a Lena.

—¿Extraño por qué?

—Mi padre no suele salir a estas horas. Además, me dijo que estaría aquí porque le interesaba hablar conmigo. Esos informes corrían mucha prisa.

—Tal vez los criados puedan decir dónde ha ido...

—Los criados, claro... Pero eso es lo más extraño. Ellos tampoco están.

Una repentina chispita de desconfianza asomó a los ojos de la muchacha, aunque no se atrevió a manifestarla en voz alta.

—Pues no tiene sentido...

—En fin, ¿qué vamos a hacerle? Seguramente mi padre habrá ido a pescar por la noche, y los sirvientes estarán en el drug-store comprando provisiones con el coche. Ya volverán todos. ¿No quieres tomar un *whisky*?

—Es que...

—Ya sé, debes volver pronto a casa. Pero también debes aceptar la hospitalidad de unos buenos amigos, ¿no crees?

—Es natural —dijo Lena, no sabiendo bien qué aptitud adoptar en aquel momento.

—Entonces prepara los combinados mientras yo mismo telefono para buscar a los criados. Ahí tienes un mueble bar con todo lo necesario, y en la cocina, que está ahí al lado, verás una nevera donde hay cubitos de hielo. ¿No te quitas el abrigo?

—Sí —aclaró ella nerviosamente.

Phil mismo se lo quitó. Se detuvo en el gesto mucho más de lo necesario, admirando la línea larga y esbelta del cuello y la morbidez de los hombros llenos y duros.

Sintió la tentación de depositar sus labios en la nuca de la mujer, pero logró contenerse.

—Ahora perdóname —dijo.

Llamó a unos cuantos números imaginarios preguntando por sus criados. Luego, con gesto de contrariedad, colgó el auricular y se dirigió a donde estaba Lena.

Ésta había preparado dos combinados en sendos vasos, uno de los cuales tendió a Phil.

—No sé qué tal estarán. No tengo mucha práctica.

Phil lo probó.

—¡Hum! Pues están deliciosos...

—Simple cuestión de suerte.

—Yo creo que no. Es que realmente eres una mujer de buen gusto, y eso se nota en todo. ¿Pero vamos a tomar estos combinados de pie? ¿Por qué no nos sentamos?

Indicó con el mentón un magnífico diván tapizado en piel blanca. Lena se sentó, cruzando las piernas, para estar más cómoda. En veloz relampagueo, los ojos del hombre recorrieron la curva de las pantorrillas y el tenue brillo que las medias formaban sobre las rodillas llenas.

«No está tan flaca...» —pensó.

—Ahora que hemos bebido este combinado —dijo—, prepararé yo otro. Tengo que salvar mi honor. He de demostrar que en eso entiendo al menos tanto como tú.

—Creo que no debo beber más... Esto se sube en seguida a la cabeza.

—Te prometo que prepararé uno flojo.

Phil preparó una mezcla explosiva, pero de las llamada «traidoras», de las que entran sin darse cuenta.

Lena bebió. Sus ojos empezaron a brillar, mientras notaba que las rodillas le flojeaban.

—¿Qué te pasa?

—No sé... Esta casa tiene un aspecto... ¿cómo lo diría yo? Raro...

—¿Por qué?

—Juraría que se ha movido aquella puerta.

«Esto marcha», pensó Phil. «Ya empieza a ver moverse las puertas y las paredes».

Decidió no esperar más. La chica le enardecía, le sacaba de quicio. Pensó que estaba perdiendo un tiempo precioso con ella.

—Lena...

Le rodeó el talle con los brazos, atrayéndola hacia sí. Antes de que Lena se diera cuenta, la había plegado contra su cuerpo y la besaba en los labios. La muchacha no se resistió en el primer momento, quedando como aturdida. Pero un instante después su instinto de mujer le había advertido el peligro. Se revolvió tenazmente.

—Por favor... No...

Se puso en pie, logrando desasirse. Phil la miró con ojos llameantes, donde la ira se mezclaba al deseo.

—Oye, muñeca, si crees que te he traído aquí para...

—Por favor...

—¡Ven aquí!

Phil saltó sobre ella. Tropezó con una mesita y rodó por el suelo lanzando maldiciones.

—¡Ven aquí, maldita imbécil! Ven aquí o...

Pero Lena ya no le oía.

Corrió como una loca a través de la habitación, intentando huir, y abrió la primera puerta que encontró en su camino.

No se dio cuenta de que era la misma puerta que antes había creído ver moverse.

Se encontró ante una escalera de caracol. Una escalera de caracol que ascendía.

Y allí, allí mismo, a sus pies, oyó por segunda vez el aullido estremecedor, infrahumano, salvaje, del perro.

CAPÍTULO IV

Volvía a oírse en el depósito de cadáveres la melodía lenta y amarga del piano. Aquella música martilleaba los oídos del teniente Fields.

Gruñó:

—¿Es que eso no va a terminar nunca?

—Cerraré las ventanas, señor —ofreció el sargento.

—Es igual, déjelo.

En la mesa blanca, aséptica, siniestra de tan limpia, estaba tendido el cadáver.

Fields lo miró.

—Guapa chica, infiernos.

—Sí, teniente. Y muy joven.

—Muerta como la otra, ¿eh?

—Es horrible, teniente...

Fields apretó los puños.

—Vamos a hacer algo, sargento. Esta mañana no se podía entrar ya en la Brigada de Homicidios. Vamos a rastrillar Nueva York si hace falta, pero esto no quedará así.

—Eso es lo que pensamos todos, teniente.

Fields miró a la chica. Tenía clavada como una obsesión la visión de aquellos dientes marcados en el cuello.

—¿Cuándo le harán la autopsia?

—Esta noche, señor.

—¿Llevaba documentos?

—Naturalmente, señor. También era una chica cuidadosa, como la otra. Lo tenía todo en orden.

—¿Cómo se llamaba?

—Lena Tennessee.

Luego lanzó una maldición en voz baja y salió del depósito de cadáveres mientras más allá de las paredes, a través del aire, la

música lejana del piano seguía sonando, sonando...

CAPÍTULO V

—¡Esta vez le voy a apretar las clavijas, maldito Phil Reynolds! — aulló el teniente Fields—. Ahora no escapará con cuatro excusas como después del primer crimen. ¡Le arrancaré los dientes uno a uno si hace falta, pero me explicará todo lo que sabe y lo que no sabe! ¡Hable de una condenada vez, maldito bastardo!

Phil, que seguía llevando corbata negra, extrajo un cigarrillo tranquilamente y susurró:

—No tiene derecho a interrogarme de ese modo. Y no diré una sola palabra si no es en presencia de mi abogado.

—¿Dice que no tengo derecho? ¡Es el sospechoso número uno! ¡Lena murió en su casa!

—Precisamente por ello he de tener mucho cuidado con mis palabras. Y no diré nada más si no es en presencia de mi abogado.

Fue a encender su cigarrillo. Fields se anticipó, extrayendo su mechero con un gesto amable.

—Permítame. No faltaba más.

Phil sonrió.

—Eso es ponerse a tono, teniente.

Y acercó el cigarrillo para que el otro le prendiese fuego. Pero, en lugar de hacerlo, Fields, con un gesto de rabia, le lanzó la llamita contra los ojos.

Phil emitió un chillido y cayó de la silla a tierra, tapándose los ojos y gritando entrecortadamente.

El teniente Fields le propinó salvajemente dos patadas en los flancos, recargando todo el peso en cada golpe.

Allí no se oía música de piano ni nada parecido. Sólo los impactos y las quejas ahogadas de Phil.

El capitán Patterson, que asistía al interrogatorio, dijo aburridamente desde el otro lado de la mesa:

—No se pase de rosca, teniente.

—¡Yo perderé mi carrera, pero este cochino irá al depósito a hacer compañía a las dos muchachas! ¡Irá a que los gusanos hagan carreras, sobre su asquerosa piel!

Patterson gruñó:

—¡Calma, teniente, por todos los infiernos!

Fields dejó de golpear.

—¡Ponte en pie, perro!

Phil completamente aterrorizado, obedeció sintiendo que la cabeza le daba vueltas.

—¡Siéntate!

Phil, más que sentarse, se derrumbó sobre la silla.

—¡Y ahora vas a decir todo lo que sepas y hasta lo que no sepas! ¡Te juro que te aplastaré el cuello la próxima vez que te derribe de la silla! Y no te fíes del capitán porque a él también le gusta buscarse un lío de vez en cuando. ¡Ahora habla! ¿Cómo murió la primera muchacha?

—¿Mara Sutton?

—Sí.

—Mara se asustó al entrar en el chalet. Se dio cuenta de que aquello era una trampa.

—¿Qué clase de trampa?

Phil miró suplicante al capitán.

—Oiga... ¿es necesario contar las cosas privadas de uno?

—Si no quiere hacerlo lo haremos nosotros —dijo calmamente Patterson—. Le contaremos con los pies las costillas, que es la cosa más privada que usted tiene.

Phil tragó saliva espasmódicamente.

—Bueno, pues... Adivinó que en la casa no había nadie.

Pensó que yo quería aprovecharme de la situación ¡Y huyó!

—¿Hacia dónde?

—No lo sé exactamente. Bueno, sí... Hacia el bosque que está entre la casa y la playa. Donde encontraron su cuerpo.

—¿Usted no la siguió?

—¿Para qué? Me di cuenta de que la chica estaba asustada y de que no podría conseguir nada de ella.

—¿Antes habían oído aullar al perro?

Phil se estremeció.

—Creo que sí. Bueno, la verdad es que estoy seguro. El perro

aulló una vez cuando descendimos del coche.

—¿Qué clase de perro es ése?

—No sé, no lo he visto nunca. Pero le llamamos «el perro de las marismas».

—¿Por qué?

—Hay una pequeña marisma cerca de la casa.

—¿Cómo se explica que ninguno de los sirvientes lo haya oído nunca?

Phil tragó saliva de nuevo.

—Verá... Los sirvientes no están nunca en aquella casa, excepto en verano. Mi padre pasa allí dos meses y entonces todo cambia, pero durante el invierno sólo vamos de vez en cuando mi hermano y yo. Generalmente no hay nadie.

—¿Su hermano también tiene las mismas aficiones? —preguntó burlonamente Fields.

—No sé a qué se refiere.

—Lo sabe de sobras hermano. Quiero decir si también emplea el chalet para engañar a mujeres como Mara o como Lena.

—No; él no. Mi hermano Patrick hace una vida muy retraída. Es un artista, un pintor.

—Lo he oído nombrar —interrumpió el capitán Patterson—. Creo recordar que no es de los malos.

—No. Mi hermano Patrick ganaba bastante dinero con sus cuadros, aunque no lo necesitaba. Ahora hace una temporada que está abúllico, que no se siente inspirado, pero de todos modos la crítica lo reconoce como una gran promesa.

—Sí —dijo Fields, recordando vagamente.

—El va allí de vez en cuando para pintar —terminó Phil—. Y se queda a dormir si se le hace tarde.

—De modo que él puede haber oído también el aullido del perro —sugirió Fields.

El capitán Patterson tomó rápidamente una nota, que el teniente no necesitó ver. Sabía que era una orden para interrogar más tarde a Patrick Reynolds.

—¿Cómo se explica que los otros vecinos no hayan oído aullar al perro jamás? —siguió preguntando Fields.

—Los otros vecinos están muy lejos. Todos los terrenos colindantes son nuestros, precisamente para que nadie nos moleste

—dijo Phil.

—Ya. ¿De modo que no hizo nada cuando vio que Mara Sutton se le escapaba de entre las manos?

—¿Qué iba a hacer? Caso de obligarla a entrar en la casa contra su voluntad, me podían haber aplicado la «Ley del pequeño Lindbergh»[1] e incluso enviarme a la silla eléctrica.

—¿Cuándo se enteró usted de que había aparecido asesinada?

—Al día siguiente, por los periódicos. La había encontrado uno de los patrulleros de la zona.

—¿Y usted no hizo nada?

Phil sonrió ambigüamente, moviendo las manos. Se había serenado mucho en los últimos minutos.

—¿Qué iba a hacer? La situación me comprometía. Se hubiera comentado mucho en la oficina lo sucedido, de modo que preferí no intervenir, como si no supiera nada del asunto. Luego ustedes me llamaron y tuve que prestar declaración, pero, eso fue todo. Si comprueban verán que dije exactamente lo que he dicho ahora.

—¿Por qué llevó entonces a otra chica al mismo sitio?

—Era el más adecuado para... en fin, para mis proyectos. Naturalmente, no pensé que aquello pudiera volver a ocurrir.

—¿Oyeron otra vez el aullido del perro?

Phil se estremeció imperceptiblemente al contestar:

—Sí.

—¿Y ni siquiera eso le hizo cambiar de idea?

—No relacioné una cosa con la otra. Estaba obsesionado por la chica, compéndalo.

—No comprendo nada.

—Bueno, usted tal vez no, pero cualquier otro hombre... En fin, no se me ocurrió pensar en lo de Mará Sutton.

Patterson le interrumpió:

—Está bien. Entonces hablemos de Lena.

—¿Qué quiere saber?

—Lo que sucedió con ella. De pe a pa.

Phil se pasó la lengua por los labios, que ya empezaba a tener angustiosamente secos. Además, los riñones le dolían a causa de los golpes recibidos. Sentía náuseas y ganas de inclinarse hacia adelante, pero adivinaba en los ojos de Fields que éste estaba esperando cualquier ocasión para empezar a pegarle de nuevo.

—Con ella sucedió una cosa muy normal... —empezó diciendo—. La verdad es que, si una chica no viene decidida «a lo que sea», la mayor parte de las veces se asusta. Lena se intranquilizó un poco e intentó huir. Entonces cometí la torpeza de querer abalanzarme sobre ella. Eso la hizo perder la poca serenidad que aún tenía. Abrió una puerta y... —Se llevó una mano a los ojos, resistiéndose a continuar.

—¿Y qué? —preguntó Fields, conteniendo la respiración.

—Fue horrible. Oímos el aullido del perro allí dentro, como si resonara en las mismas entrañas de la casa. No vi nada, pues Lena ya había atravesado la puerta. Creo... que sus gritos duraron al menos cuatro minutos, mientras el perro seguía aullando.

Fields tenía los dientes apretados.

—¿Qué hizo entretanto?

—No lo sé... Perdí la noción del tiempo. Quedé allí paralizado, mudo por el horror.

—¿Ni siquiera tuvo curiosidad por saber lo que ocurría?

—El terror no me dejaba tener ninguna otra clase de sensaciones.

—Es usted todo un macho —dijo Fields con una sonrisa áspera.

—Usted hubiera hecho lo mism...

Fields le propinó un puntapié al mentón y lo envió hacia atrás haciéndolo saltar de la silla.

—¡Yo no hubiera hecho lo mismo, gusano!

—¡Basta! —aulló Patterson—. ¡Bastaaa!

El mismo levantó a Phil, sentándolo en la silla como muñeco arrugado, y masculló:

—Siga.

—No... puedo decir más. Cuando reaccioné, Lena ya estaba muerta. Los dientes de un perro le habían destrozado el cuello.

—¿Y el perro? ¿Dónde estaba?

—No vi ni su rastro.

—¿Dónde ocurría eso?

—¿Por qué lo pregunta? ¿Tiene ganas de torturarme? Ustedes mismos han estado en aquel lugar. La encontré desangrándose en la escalera de caracol. ¡Si ustedes mismos la sacaron de allí! ¿Por qué infiernos lo pregunta?

—Porque nos gusta oír tu voz, cerdo —dijo Fields.

—Yo... yo le suplico.

—No supliques porque te aplasto las narices otra vez. ¿Adónde lleva aquella escalera de caracol?

—A un trastero. A la única habitación trastero que tenemos en la casa. Sólo se guardan cachivaches allí.

—¿Por dónde pudo escapar el perro?

—No me lo explico. No hay más que una puerta.

—Y tú la tapabas, ¿no?

—Exactamente...

—¿Pudo estar el perro oculto y salir cuando tú te volviste de espaldas para llamar a la policía?

—Sí, claro que pudo... Nadie oye pasar a un perro cuando éste camina silenciosamente. Pero eso significaría que el animal tenía inteligencia...

—O que no era un animal —concluyó Patterson—. Bien, basta por hoy. Siento decirle que haremos una solicitud al fiscal del distrito para que lo retenga en prisión, Reynolds.

Phil Reynolds palideció.

—Eso... es absurdo. Yo llamé a la policía. Yo mismo denuncié el crimen. ¿Por qué voy a ser culpable? Además, no tengo dientes de perro...

Eso saltaba a la vista.

Phil tenía la dentadura del americano rico que siempre ha estado bien cuidado y al que no le falta una sola pieza.

—De todos modos, quedará detenido —decidió Patterson.

—Les advierto que... ¡Les advierto que tengo dinero, por si ustedes no lo sabían! ¡Tengo dinero suficiente para pagar a los mejores abogados de Nueva York y volver loco al fiscal del distrito! ¡Me sacarán antes de dos días, se lo juro!

Fields escupió a tierra.

—De todos modos, esos dos días te sentarán la mar bien, muñeco.

Oprimió un timbre, y dos fornidos agentes entraron en el despacho. Sin contemplaciones, agarraron a Phil y lo sacaron de cualquier modo, mientras el millonario se desgañitaba.

Luego el silencio volvió a reinar en el pequeño despacho desde cuyas ventanas se divisaba una breve y triste perspectiva de los puentes de Manhattan.

Fields encendió un cigarrillo con movimientos nerviosos.

—¿Qué opina? —susurró mirando a Patterson.

—No podremos tenerlo detenido durante demasiado tiempo, ni aun contando con la ayuda del fiscal.

—¿Por qué?

—A la muchacha la mató un perro, no parece haber duda de eso. Tenía algunos cabellos en sus manos. Y Phil, como bien ha dicho, no tiene dientes de perro.

Apagó el cigarrillo porque ya no había podido soportarlo desde las primeras chupadas.

Le sabía amargo.

CAPÍTULO VI

El hombre fumaba lentamente, mirando hacia la ventana por donde entraba el sol caliente del mediodía.

Hacía bochorno, un bochorno demasiado intenso para estar, como estaban, en otoño.

Algunas moscas que se habían negado a morir entraban lentamente por la ventana entreabierta.

De pronto la puerta de la habitación se abrió también.

Y no entró una mosca, sino una chica.

Una chica de mil diablos.

Era la misma que Phil había visto retratada en la revista de las señoritas ligeras de ropa. Se notaba.

Sabía moverse, sabía insinuar lo mucho que tenía, y además el vestidito que llevaba parecía haber sido ideado por el mismo Satanás.

Pero el hombre ni la miró.

Más bien hubo una luz triste en sus ojos cuando, después de ver entrar a la chica, dirigió la mirada hacia la ventana.

Ella musitó:

—Hola, Mark.

Mark respiró hondamente, abombando sin querer el amplio pecho bajo la liviana camisa, y contempló a mujer.

—¿Por qué has venido, Gloria?

—Mark...

Había ansiedad en su voz. De pronto pareció darse cuenta el hombre de que ella, aunque no absolutamente, vestía de luto.

—¿Qué ocurre, Gloria?

Ella avanzó hacia Mark y se dejó caer sobre su cuerpo, mientras el hombre le acariciaba calladamente los cabellos. Por fin, cuando la vio más calmada, abrió labios para decir:

—Si no me explicas qué es lo que ha ocurrido no creo que pueda

remediar nada, Gloria.

—Han... Han... —La voz de ella enronqueció para decir de pronto—: ¡Han matado a Lena!

—¿Quién?

—¿Cómo voy a saberlo, Mark? Sólo sé lo que los periódicos dicen... ¡Y no dicen apenas nada!

Mark se puso en pie, levantando también a la chica. Se vio ahora que era alto, aunque sin exageración, muy fuerte. Tenía los ojos de un raro color casi verde, los labios finos y la mandíbula cuadrada. Se le podían calcular treinta años.

Vestía sencillamente unos pantalones grises tipo *sport* y una camisa blanca.

—Tú no lees los periódicos nunca, ¿verdad? —susurro Gloria.

El paseó la mirada en torno suyo. Apoyadas en las paredes de la habitación se veían numerosas telas pintadas en un estilo moderno, audaz, que llamaba la atención poderosamente. Gloria sabía que aquél era el mundo de Mark. El mundo formado por unas pinturas que casi no enseñaba a nadie.

—No; casi nunca los leo —musitó él—. Sólo recibí unas cuantas revistas de arte.

—Mark, necesito que me hagas un favor.

Ella se sentó en una de las sillas, con las rodillas muy juntas, entrelazando los dedos. Le daba vergüenza, pero sentía que le temblaba la mandíbula.

—Tú te enojaste conmigo cuando yo posé para aquella revista —musitó—. No quisiste hacerte cargo de que necesitaba dinero... ¡montañas de dinero para que mi vida no fuese tan triste, sin embargo, aún eres la única persona en la que puedo confiar, Mark!

—Nunca me enfadé contigo —dijo él lentamente.

—Consideraste que había caído.

—¿Te lo dije alguna vez?

—No... —reconoció ella—. Tuviste la cortesía de no decirlo. Pero hay cosas que las mujeres notamos, Mark. A partir de aquel momento yo dejé de ser para ti la «buena chica», mientras que Lena continuó siéndolo.

Extrajo un periódico que llevaba doblado en el bolso y lo tendió a Mark con mano poco firme.

—Lee. Esto es todo lo que se ha publicado sobre la muerte de

Lena.

Mark lo leyó. No había allí gran cosa, porque la fortuna de los Reynols pesaba demasiado, y el periodista no se había atrevido a hacer insinuaciones acerca de Phil.

Cuando Mark terminó de leer, tenía los labios apretados y el ceño fruncido.

Gloria conocía aquel gesto, aquella expresión recta reconcentrada tras la cual se ocultaba el deseo de la violencia.

—¿Por qué me pides a mí que investigue? —musitó al cabo de unos instantes—. ¿No lo va a hacer la policía?

—La policía no llegará a ninguna conclusión, Mark.

—Te equivocas. La Brigada de Homicidios de Nueva York es buena.

—Pero tú estuviste en el

F. B. I.

Mark hizo un gesto vago, tras el que se ocultaba una secreta pesadumbre.

—¡Bah! ¡Hace tanto tiempo de eso!

—Te expulsaron por mí, Mark. Yo nunca lo he olvidado.

—Fue una chiquillada —musitó él—. ¡No tuvo importancia!

—Yo había hecho amistad con aquél espía. Claro que no sabía que lo era, pero debiste denunciarme.

—No hubiera sido justo. Eras una chiquilla.

—En los casos de espionaje no hay chiquillos, Mark. Yo hubiera resultado absuelta. Debiste denunciarme.

—Omití voluntariamente tu nombre en la relación de implicados. ¿Y qué?

—Arruinaste tu carrera, Mark.

—Otra vez volvería a hacerlo.

Ella desvió la mirada mientras susurraba:

—¿Por mí?

—Por cualquier chiquilla.

Gloria caminó hacia la ventana y la cerró. El ruido de las calles de Nueva York, en aquella parte de Greenwich Village, se amortiguó hasta formar sólo un zumbido lejano.

—Tú eras uno de los mejores agentes, Mark —susurró Gloria—. Puedes hacer cosas que la policía nunca hará.

—De momento —dijo Mark— conozco al hermano de ese tal

Phil Reynolds. También es pintor, y no de los malos.

—Eso no resuelve nada. El hermano de Phil no ha intervenido en el asunto. Todos lo confirman.

—Es una manera de comenzar tan buena como cualquier otra.

Se puso una americana no demasiado nueva, recogió sus bártulos de pintar y salió de la habitación sin decir una palabra más.

Gloria quedó atónita, pero no se atrevió a seguirle ni tan siquiera a hacerle una pregunta.

Media hora después, Mark estaba al sur de Long Island.

CAPÍTULO VII

El agua rumoreaba mansamente en la ensenada, sobré la que se balanceaba el soberbio «yacht».

Desde su puesto, Mark podía ver la magnífica casa de los Reynolds, el jardín, la playa privada y el embarcadero. Era un rincón soberbio para pasar los veranos y hasta la vida entera. Un rincón soberbio para holgazanear, para estar tripa al aire, para espantar moscas y para perseguir chicas bonitas a lo largo de la playa.

El dinero hace que sean fáciles cosas tan difíciles como ésta.

Mark instaló el caballete, tomó los pinceles y se puso a pintar. Aún había mucha luz, y el horizonte tardaría en cubrirse con esos reflejos violáceos que anticipan el crepúsculo. Disponía de un par de horas, al menos, para su trabajo.

Y Mark empezó a trazar sobre su caballete algo que, más que una pintura, era un plano a escala de la casa y el terreno circundante.

Llevaba una hora trabajando, cuando alguien se acercó, subiendo poco a poco por el sendero.

Mark lo reconoció por su bastón.

Patrick siempre había llevado un bastón parecido, de caoba con pie de bronce y empuñadura de oro fino. Aquello le daba distinción, empaque y señorío. También había caminado siempre con lentitud, como ahora; cuando remontaba la suave colina hacia el lugar donde se encontraba Mark.

Éste se volvió del todo cuando lo tenía a unos once pasos.

—Hola, Patrick.

Patrick, mirándole de una forma lejana, e indiferente esbozó sin embargo una sonrisa.

—Es difícil reconocerte.

—Lo comprendo. Llevaba dos años sin dejarme ver.

—¿Pintando?

Mark sonrió mientras señalaba la tela con timidez, como excusándose.

—Es sólo un boceto —dijo.

—¿Y por qué has elegido este sitio?

—Es hermoso.

—¿No sabes que la casa que hay abajo es nuestra?

—Sí que lo sabía, Patrick.

Mark se puso en pie y ofreció cigarrillos a su interlocutor.

—¿Quieres?

—No, gracias.

—Antes fumabas.

—He ido dejando algunos vicios inútiles —dijo Patrick.

A pesar de que sus preguntas y respuestas eran bastante secas, hablaba con cordialidad, y cada una de sus palabras era acompañada por una aristocrática sonrisa.

Patrick, que estaba entre los treinta y los cuarenta años, tenía una distinción que su hermano Phil no había tenido nunca.

El era más alto, más delgado, y quizá menos elegante, pero más señor. Largos años pasados en Europa le habían dado un tono que su hermano Phil, acostumbrado a la vida neoyorquina, no tenía.

—Has ido dejando no sólo los vicios, sino también otras cosas —dijo suavemente Mark.

—¿A qué te refieres?

—A que ya no pintas.

—No tengo ganas. Eso va a rachas, ya lo sabes. Hay temporadas en que uno no ve los colores, no los «siente».

—Pero es que llevas casi dos años sin presentar ninguna exposición. Y antes hacías una cada seis meses.

—Eran otros tiempos —dijo Patrick.

—Ahora eres demasiado rico, ¿no?

—Siempre lo he sido.

Apretó los labios y musitó:

—¿Por qué has elegido precisamente este sitio, Mark?

—Quizá por lo de los crímenes.

Los ojos de Patrick no denotaron la menor sorpresa. Nada en su rostro se movió.

—¿Tú haces caso de eso?

—Leo los periódicos de vez en cuando.

—¿Y qué dicen?

—¿Es que tú no los lees?

—Nunca.

Mark le miró con extrañeza.

—¿A qué te dedicas, Patrick? No lees los periódicos, no se te ve en ninguna parte, no tienes novia... no pintas. ¿Qué infiernos haces? ¿En qué pierdes el tiempo?

—Estoy aprendiendo.

—¿Estás aprendiendo qué?

—La técnica de los pintores a los que admiro. Contemplo sus cuadros, los comparo y medito. Me doy cuenta de que antes no sabía nada, Mark. Son necesarios largos años de aprendizaje para llegar a pintar bien un solo cuadro.

—Tú ya no eras un aprendiz, Patrick.

El millonario sonrió con su sonrisa cansada y aristocrática.

—Eso creías tú. Bueno... ¿qué dicen los periódicos? Yo no he querido enterarme de nada. Todo esto me molesta, compréndelo.

—Lo comprendo, puesto que han detenido a tu hermano Phil.

—El saldrá.

—Claro. Supongo que no podrán acusarle de nada.

Después de decir esto, Patrick sonrió cansinamente otra vez.

—Ha sido horrible, ¿verdad?

—¿Lo de los crímenes?

—Sí. Lo de los crímenes y el ambiente que les rodea. Uno está aquí, mira el mar donde no se mueve ni una ola, contempla el lujoso «yacht» balanceándose bajo sus pies, y se dice que es imposible que en un lugar así ocurra una pesadilla como la que los periódicos describen. Dos mujeres prácticamente despedazadas por una fiera. ¿Tú crees en eso?

—No sé qué pensar, Patrick.

—Hay lugares en que los crímenes no pueden suceder —dijo Patrick—. Todo tiene que ser una equivocación macabra o lo que ya he dicho antes: Una pesadilla. ¿A quién se le ocurriría convertir esta magnífica casa en una auténtica mansión de Drácula?

Mark asintió débilmente mientras susurraba:

—Tienes razón.

Pero sus ojos decían otra cosa. Sus ojos miraban el «yacht», el embarcadero de troncos, la casa solitaria, se decían que durante la

noche aquello podía muy bien ser un escenario de pesadilla. Procuró no mirar a Patrick para que éste no notara la expresión de sus ojos.

—¿Y tu padre? —preguntó.

Las facciones de Patrick se endurecieron.

—¿Por qué preguntas por él?

—Simple curiosidad.

—Ni siquiera le conoces.

—Te equivocas. Le conozco como mucha gente en Nueva York. ¿Quién no ha visto retratado alguna vez al famoso financiero John Reynolds?

Patrick guardó un obstinado silencio, mientras Mark arrojaba al suelo los restos de su cigarrillo medio consumido.

—Hace tiempo que no va por su oficina —dijo en voz baja—. Phil se encarga de todo. Nunca ven a vuestro padre por los lujosos despachos de la «Reynolds Insurance». Claro que allí no hay nada que hacer, porque el equipo técnico resuelve los problemas, y Phil puede aparecer como un gran director desde la mesa de su despacho, sin dar golpe.

—¿Pero qué pasa con vuestro padre? ¿Por qué no va por allí?

En vista de que Patrick no le contestaba, Mark insistió con voz suave, mirándole:

—¿Está enfermo?

—No me gusta hablar de eso.

—No se habrá fugado con alguna rubia, ¿verdad?

Patrick lanzó una carcajada.

—¿Mi padre? ¿Una rubia? Mi padre no ha mirado a una mujer desde que quedó viudo, hace unos cinco años. Yo creo que las odia.

—Pero no odia a los perros.

Las facciones de Patrick se crisparon un momento, sólo un momento, mientras apretaba los puños.

—¿Qué quieres decir?

—Tu padre tenía una magnífica colección de perros de todas las razas. Era un experto. ¿Qué habéis hecho de esa colección?

—La regaló al Zoológico.

—¿Entera?

—Claro que sí.

Mark recogió lentamente su caballete porque sobre el mar, muy

al fondo, empezaba a debilitarse la luz.

—Te invito a tomar una copa —dijo Patrick—. Creo que nunca habías estado en nuestra casa.

—No, gracias. Te acompañaré hasta allí, Patrick, pero prefiero no beber. Yo también he ido dejando algunos vicios inútiles.

Descendieron de la colina los dos, mientras las sombras lo cubrían todo lentamente.

CAPÍTULO VIII

Lo primero que hizo Mark al día siguiente fue ir al Registro Civil de la zona sur de Manhattan.

Conocía allí a uno de los secretarios, que había trabajado antes en las oficinas de la

F. B. I.,

hasta que se convenció de que allí sólo valía la pena estar si uno era agente especial, no un simple oficinista. Había trabajado tantas veces junto a Mark en los inmensos archivos de la organización que le recibió como a un viejo camarada.

—Hola, Mark. No vendrás a inscribir tu matrimonio.

—Por ahora no, Jim. ¿Cómo van tus asuntos en este nuevo trabajo?

—Mejor que allí. En este empleo obtengo algunos buenos asuntos para mi despacho de abogado.

—Querría que me hicieras un favor, Jim.

—Di.

—Necesitaría consultar el folio correspondiente a una determinada persona.

—Las certificaciones sólo las damos a los interesados.

—Ya sé, pero yo sólo quiero mirar el folio. No voy a pedir ninguna certificación. Esto quedará entre tú y yo, por supuesto.

—¿Algún trabajo especial? ¿Eres ahora detective privado?

—No. Ni voy a cobrar nada por este asunto tampoco.

—Bien, procuraré complacerte. ¿A quién corresponde el folio que quieres consultar?

—A una persona llamada John Reynolds.

—Hay muchos llamados así en Nueva York.

—Esta persona nació el primero de mayo de 1895.

—Entonces podré mirarlo enseguida. Espera.

Jim manejó un pesado librote que fue a sacar de un archivo, y

consultó el folio pedido. El volumen, encuadernado antes de empezar el presente siglo, olía a polvo, a humedad y a olvido.

—Este folio está cerrado —dijo al cabo de unos minutos.

—¿Por qué?

—Porque ya no se puede hacer ninguna anotación en él. La persona de que me hablas murió hace seis meses exactamente.

CAPÍTULO IX

La segunda cosa que hizo Mark fue dar una vuelta bastante macabra. Visitó nada menos que todos los cementerios de la ciudad, uno a uno.

Fue una tarea agotadora en la que invirtió dos días enteros.

En todos los cementerios hubo de hacer examinar el libro registro, a partir de la fecha de la muerte de John Reynolds.

No fue tarea fácil. En unos le facilitaron las cosas por reconocerle como exagente del

F. B. I.

En otros tuvo que dar sustanciosas propinas. Incluso en el de Brooklin hubo de examinar el libro registro él mismo, aprovechando el descuido de uno de los empleados.

No estaba en ninguna parte.

Nada, seguro.

El hombre que terminó aquella pesquisa enloquecedora de un extremo a otro de Nueva York no parecía el mismo que la había empezado. Ya no parecía tener aquel aire deportivo, despreocupado, con que tomó los pinceles y fue hacia la finca de los Reynolds. Ahora varios años parecían haber caído de repente sobre él. Una extraña, una invisible pesadumbre le dominaba.

Fue otra vez al Registro Civil y se aseguró de que la partida de defunción no contenía ningún error.

No, no lo contenía.

—¿Qué médico la autorizó?

Su amigo le dio el nombre.

—El doctor Fulton.

Mark creía recordar que el doctor Fulton era el médico de la familia. Podían haberle hecho firmar cualquier cosa.

Con los labios apretados, con la mirada abstraída, vagó por Nueva York pensando siempre en la misma increíble situación,

dando vueltas a la misma idea.

Por fin una fuerza invisible, que guiaba sus pasos, le llevó hasta Long Island.

Desde allí, desde el lugar donde dos tardes antes empezó a pintar la casa, contempló el panorama del bosque, la playa privada, el «yacht» y la hermosa finca donde dos mujeres habían dejado su piel.

Parecía increíble, pero John Reynolds tenía que estar allí.

Vivo o muerto.

CAPÍTULO X

El sargento contó cuidadosamente todos los objetos al irlos sacando de la bolsa.

—Un encendedor a gas en oro macizo, un reloj «Universal» también de oro, un portamonedas con diez dólares y cincuenta centavos, un paquete de «Navy Cut» con once cigarrillos, una cartera de piel de cocodrilo con once mil dólares en billetes grandes...

Lanzó un silbido al entregarla.

—¿Lleva usted siempre eso encima, amigo?

Phil guardó la cartera con indiferencia.

—Es lo que destino para gastar en tabaco y aperitivos. Para los gastos importantes suelo llevar mi talonario de cheques.

—Debe tomar los aperitivos en un barril.

—Por lo menos.

Phil se ajustó bien la corbata, con un movimiento lleno de elegancia, y preguntó:

—¿Es todo?

—Todo, sí, señor.

—Entonces buenos días.

—Buenos días. Y procure que no le veamos más por aquí.

—¿Por la Brigada de Homicidios? No me verán, descuide.

Phil salió.

El teniente Fields y el capitán Patterson salieron de detrás de la mampara donde habían estado filmando toda la escena con una cámara de ocho milímetros.

—Lleve esto para que lo revelen y lo archiven en el Departamento de Identificación —dijo Patterson—. Puede hacernos falta. Y que sigan al pájaro sin perderle de vista para nada, ni siquiera cuando entre en el cuarto de baño de su casa. Quiero una información cada dos horas: actividades, visitas, personas con las

que entra en contacto, etc... ¿Se ha colocado ya un escucha en la línea telefónica de su apartamento?

—Naturalmente.

Patterson encendió un cigarrillo, con gesto de desaliento.

—¿Qué opina, Fields?

—Por lo pronto que ha salido en libertad, como temíamos. No ha sido posible sostener la acusación. Y creo que no hay pruebas bastantes para llevarlo ante un Jurado.

—El mismo nos las proporcionará, si es culpable. Hay que darle cuerda para que se ahorque.

Y se la dieron.

Phil no lo notó, pero el conductor del taxi que casualmente estaba detenido casi enfrente del Precinto, era un policía.

Y el cacharro que se despegó de la acera poco después, siguiendo al taxi, estaba lleno de gorilas vestidos de paisano.

Phil, después de dos días con sus noches de estar detenido en la Brigada tenía sueño.

Cerró los ojos, sin enterarse de nada.

Pensando en Lena y en Mara Sutton.

Había alguien que también pensaba en ellas.

Gloria.

Gloria estaba sentada en el alto taburete del bar, con las piernas cruzadas, sintiendo que las miradas de los hombres atravesaban codiciosas la fina malla de sus medidas.

Cuando Mark entró en el local, el tipo que estaba a punto de abordarla, y que había bebido ya cuatro *whiskies* dobles para darse ánimos, se batió en retirada.

Mark pidió un *brandy*.

—Llevas tres días como un fantasma, sin que nadie te vea —dijo ella con el ceño fruncido.

—Tal vez.

—Citarte aquí me ha costado el mismo trabajo que si hubiera intentado citar al director de la «Metro».

—Sí, claro.

—Oye, ¿qué te pasa?

—¿Y a ti?

Los ojos vacíos del hombre no parecían mirarla a ella, sino mirar

lejos, muy lejos...

—¿Qué va a pasarme a mí? —preguntó Gloria.

—Das risa con tus preguntitas.

—Sólo quiero saber si has averiguado alguna cosa.

—Nada...

—Oye... ¿sabes que estás muy raro?

El bebió su *brandy* de un solo golpe, depositando sobre la barra el importe de su consumición y la de Gloria.

—Vamos —dijo—. Te explicaré algunas cosas en el coche.

Salieron, instalándose ambos en el viejo «Lincoln» modelo 1951 de Mark. Este condujo a poca velocidad hacia Jersey City. Sólo cuando estuvieron en una calle bastante solitaria aparcó y despegó los labios.

Ella estaba recostada en el diván, con las piernas cruzadas y mirando al techo del vehículo.

Entreabrió los labios también.

—¿Vas a besarme, Mark?

—Hay dos mujeres muertas de por medio. Ahora no podría.

—Inténtalo.

Mark lo intentó. Gloria tenía los labios frescos y suaves, como siempre. Pero esta vez Mark no supo besarlos igual que otras veces.

—Estás raro —musitó Gloria—. Ya te lo he dicho antes.

—No hagas caso. Ni intentes hacerme comprender que eres bonita para que yo desembuche todo lo que sé. Porque lo curioso es que no sé nada ni comprendo nada.

—¿Pero qué es lo que has averiguado, Mark?

Lo único que Mark no quería contarle era lo de muerte de John Reynolds, padre de Phil y Patrick y presidente efectivo hasta entonces de la poderosa «Reynolds Insurance». Como con relación a lo demás apenas había averiguado nada, resultó que era muy poco que en resumen podía contar a la muchacha.

Le dijo solamente que había trazado un plano de la finca y sus alrededores, fingiendo pintarla, y que había reanudado su vieja amistad con Patrick Reynolds.

—¿Qué hacía allí? —preguntó Gloria.

—Perder— el tiempo; él mismo lo confesó. Dijo que «sentía» los colores. A veces, en la vida de los artistas o los que aspiran a serlo, ocurren crisis de esa clase.

—¿Patrick era un artista?

—Lo sigue siendo, porque no es posible que haya perdido facultades. Patrick Reynolds es una de las grandes esperanzas de la pintura norteamericana. Lástima que ahora no trabaje.

Gloria suspiró con cansancio.

—Bueno, lo que has descubierto no es demasiado interesante...

—Todo requiere tiempo.

—Sí, claro. Pero yo creí que los del

F. B. I.

erais mucho más veloces.

Mark encendió un cigarrillo.

—¿Desengañada?

—¡Oh, no! Pero pienso que quizá convendría que yo misma me pusiera a hacer algunas cosas.

Cruzó y descruzó las piernas un par de veces, con un movimiento lleno de sugestión y murmuró:

—Phil se derretirá.

Casi antes de que pudiera terminar la frase sintió su muñeca estrujada por los dedos poderosos de Mark; unos dedos parecidos a cables de acero, que la destrozaban.

—¡Te prohíbo que te acerques a él! —susurró Mark con voz tensa—. Te lo prohíbo ¿oyes? Es un juego peligroso en el que ya han perdido la vida dos mujeres como tú. ¡Ese hombre puede ser un asesino!

—La policía lo ha dejado en libertad.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo ha dicho el último boletín de noticias.

Mark apretó los dientes.

—De todos modos, te prohíbo que te acerques a él.

—¿Celoso?

Mark la soltó lentamente, y como un sonámbulo dio vuelta a la llave de contacto del coche.

—Hubo un tiempo en que me jugué algo importante para que tú no fueses a la cárcel —musitó—. Creo que ahora me jugaría mucho más para que no vayas a la tumba.

—¿Es que me quieres? —musitó ella entreabriendo los labios—. ¿Es que vas a decírmelo de una condenada vez?

—¡Chiquilla! —masculló él entre dientes, con una voz que no

tenía nada de cariñosa.

Puso primera y condujo otra vez hacia el centro de la ciudad sin despegar los labios.

Gloria, en cambio, habló de mil cosas insustanciales para que él no adivinara sus verdaderos pensamientos, para que Mark no barruntase el plan que ella estaba dispuesta a seguir.

Todo comenzó, dos días más tarde, cuándo la policía ya estaba harta de seguir a todas partes a Phil, de detectar todas sus conversaciones y no hallar sin embargo, ninguna pista.

Phil, que trabajaba silenciosamente en su despacho procurando no tener qué tratar con nadie, salió aquella tarde llevando un periódico doblado bajo el brazo.

Era ya más de las cinco, y la playa de estacionamiento privado estaba ya casi vacía. Phil desdobló el periódico y repasó por cuarta o quinta vez la lista de las cotizaciones de Bolsa.

La última emisión de acciones de la «Insurance», ampliando un capital que ya les venía corto para hacer frente a la competencia, había constituido un éxito. El papel se había agotado en una sola sesión, y las cotizaciones subían. Phil se daba cuenta de que la poderosa Compañía podría hacer cosas que antes le estaban prohibidas, como luchar cara a cara con las otras Compañías poderosas del país. La competencia, que empezaba a ser temible, quedaría aniquilada. Lucharían incluso en el Congreso para que se permitiera la absoluta libertad de contratación en las pólizas de seguros, dándoles a ellos ocasión para ganar clientes ofreciendo mejores condiciones que las de las otras Empresas.

En fin, el joven millonario tenía esas preocupaciones exclusivas de los ricos, preocupaciones donde se manejan cifras de seis números y que los pobres nunca tienen.

Tampoco los pobres tienen un coche como el de Phil, ni fincas en Long Island.

Ni accidentes como el que Phil tuvo.

Cuando iba a salir de la playa de estacionamiento, un pequeño «Ford gris» hizo una falsa maniobra, al desaparecer, y chocó de costado contra el suyo. Las abolladuras no fueron importantes, pero el motor se le caló instantáneamente y Phil lanzó una maldición.

Bueno, estuvo a punto de lanzarla, porque entonces la vio a ella.

Gloria descendía muy asustada de su pequeño «Ford» y con el nerviosismo no se preocupaba de la falda. Al menos eso parecía, diablos. Y como aquella tarde se había vestido con una habilidad satánica, no es extraño que Phil empezara a padecer alucinaciones.

—Lo siento... —susurró Gloria—. ¡Oh, no sabe cómo lo siento! ¡Soy una torpe, una estúpida...! No me he dado cuenta de que usted salía justo en este momento y...

Los resortes mentales de Phil funcionaron a la maravilla. Siempre funcionaban bien para aquellas cosas. Recordaba a la chica de haberla visto en la revista, pero al natural estaba mejor aún. Mucho mejor, infiernos. Y con aquellas exhibiciones le hacía perder a uno el mundo de vista.

—No tiene importancia —dijo Phil—. Han sido unas bolladuras leves.

—Pero usted no podrá usar su coche.

—Tengo otro, y lo usaré mientras reparan y pintan éste.

Desvió la mirada de las rodillas de la chica para mirar el «Ford» —el cuál resultaba bastante menos sugestivo y dijo:

—El que no sé cómo funcionará será el suyo. Se ha desalineado una de las ruedas.

Gloria dio contacto y dejó que el coche se le calara.

—No funciona el embrague. No sé... ¡No sé qué ha ocurrido!

Phil, que tantas veces había hecho provocar averías falsas, no desaprovechó la ocasión de una avería que parecía auténtica.

—Yo la llevaré —dijo.

—¿Después de ser yo la responsable? No, no puedo consentirlo...

—Sería una falta de galantería permitirle que tomase un taxi. Además, estamos algo alejados del centro, y por aquí no pasan con frecuencia. Permítame.

Phil descendió de su acorazado y ayudó a Gloria a colocar otra vez el coche en el aparcamiento, empujando.

Luego la invitó a subir en el suyo.

—Telefonaré a mi mecánico para que se lo remolque —dijo volublemente Phil—. No debe pensar más en eso.

Gloria cruzó las piernas, y Phil parpadeó.

El hecho de que ella fuera hermana de Lena daba a la aventura,

para un hombre como Phil, un atractivo satánico.

—¿Dónde la llevo? —susurró.

—Pues... tengo una cita... Iba, a bailar.

—¿Su novio?

—No. Más bien un amigo.

—¿Muy amigo?

Gloria sonrió.

—Así, así...

—Entonces tal vez no le importe mucho cambiar de pareja.

—¿Por usted?

—¿Qué imagina?

Gloria rió otra vez. Phil era de esos hombres que saben decir cosas a una mujer sólo con medias palabras.

Sus ojos y su expresión entre divertida y cínica delataban al hombre acostumbrado a todos los caprichos, a disponer de mujeres caras y a decir mentiras con la mayor naturalidad, cuando las mentiras hacen falta.

—Imagino que es usted peligroso —susurró.

—Mucho.

—Entonces no debo aceptar.

—Pero aceptarás.

Gloria le miró al fondo de los ojos.

—No vaya tan aprisa.

—¿Cómo, te llamas?

—Gloria. ¿Y tú?

—Phil.

—¿Eres dueño, o algo así, de esas oficinas?

—Pongamos, que soy el dueño.

—¡Huuuummm...! Entonces doblemente peligroso.

Los dos lanzaron al unísono una carcajada, mientras Phil salía del aparcamiento.

Condujo a poca velocidad hacia el centro, saboreando de antemano la deliciosa aventura que pensaba vivir con la muchacha.

—¿A dónde me llevas? —susurró ella.

—Tengo un apartamento muy bonito cerca de Central Park. Te invitaré a una copa.

—¿Central Park? ¡Qué poco romántico!

—¿Prefieres otro sitio?

—¿Por ejemplo...?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué, sé yo? Decide. Pero, que sea al menos un sitio tranquilo. Phil torció hacia Long Island.

En aquel momento dos coches, en un cruce estuvieron a punto de chocar. Gloria gritó:

—¡Acelera!

Era la ocasión que estaba esperando.

Cuando ellos pasaron, y los otros dos automóviles chocaron de flanco, taponando la calle, al coche de policía que les venía siguiendo, desde el primer instante quedó irremediablemente atrás.

CAPÍTULO XI

Cuando llegaron a la casa de Long Island, ya habían caído sobre ella las primeras sombras de la noche.

Phil detuvo el poderoso motor, produciendo en torno a ellos un extraño silencio. Unicamente los lejanos rumores del mar se escuchaban más allá de los árboles. Todas las luces de la planta baja de la casa estaban encendidas.

Gloria sintió incluso una cierta desilusión, porque pensó que en el chalet debía haber alguien. Y si era así, le sería muy difícil averiguar nada.

Pero, decidida a seguir su plan hasta el final, se reclinó en el diván y volvió a cruzar las piernas mientras susurraba:

—¿No es éste un sitio muy peligroso para una mujer sola?

Phil casi gimió:

—Nena...

La estrechó en sus brazos, echándole la cabeza hacia atrás, y la besó ardientemente en la boca.

En contra de su voluntad, Gloria recordó el beso de Mark, tan frío y distante. Phil besaba de una manera pegajosa, ardiente, llena de frenesí. Daba miedo y hasta un poco de asco, pero Gloria se aguantó.

—Vas muy aprisa... —dijo suavemente.

—Entra y te demostraré que no debes sentir ningún miedo. Dentro tengo licores, discos y el más completo equipo de «hi-fi»

que puedas haber imaginado jamás. Seguiremos esta conversación allí, ¿quieres?

—¿Qué conversación? —sonrió ella—. Si no nos decimos una sola palabra...

Phil lanzó una carcajada.

—Tienes razón, nena... Además de bonita eres graciosa. —Su

ansia y sus deseos de volver a besarla aumentaban a cada instante —. Anda, vamos a la casa. Podemos bailar...

Ella descendió del coche con un movimiento sinuoso, balanceando las caderas.

—Bueno, como te parezca...

Phil abrió la puerta de la casa, y Gloria vio el mismo vestíbulo lujoso que Lena había visto antes de morir. Todas las luces estaban encendidas, pero no se distinguía a nadie.

—Oye, tienes una choza muy hermosa... —rió Gloria.

—No es mía, sino de mi familia, pero ahora vamos a estar solos.

—¡Ah! ¿No hay nadie?

—No, muñeca.

Antes de poder evitarlo, Gloria se sintió besada y estrujada por Phil. Éste tenía unos brazos mucho más fuertes y poderosos de lo que ella había sospechado. Empezó a sentir un principio de miedo.

—¿Por qué no me preparas un combinado? —pidió, cuando él la dejó respirar por fin.

—Prepáralos tú misma mientras yo pongo unos discos; Ahí tienes todo lo necesario.

Se volvió de espaldas y fue en dirección a un equipo de «hi-fi»

que ocupaba todo un ángulo de la suntuosa pieza. Selecciono unos discos, mientras Gloria abría el mueble bar.

Toco su bolso, donde llevaba una pequeña pistola de seis tiros. No iba desprevenida.

Luego, aprovechando que él seguía de espaldas, abrió una de las puertas que tenía más cercanas.

Daba a una gran cocina, digna de un palacio, con una inmensa *frigidaire* roja y blanca.

Phil, sin volverse, pregunto:

—¿Te gusta Duke Ellington?

—Prefiero algo más moderno aún.

Phil, de todos modos buscaba piezas lentas, que les permitiera bailar más prietamente.

Aprovechando esta circunstancia, Gloria abrió otra de las puertas. Todas se abrían sin un chirrido, como si los goznes estuvieran recién engrasados. Vio al principio tan sólo una zona de oscuridad, y luego se dio cuenta de que allí nacía una barandilla.

Era una escalera.

Una escalera de caracol.

Phil pregunto:

—¿Qué te parecen los *blues*?

No se había vuelto, pero iba a hacerlo. Gloria cerró la puerta suavemente, mirándole.

—Lo que tú quieras.

El se volvió entonces, con dos microsurcos en la mano derecha. Contempló asombrado a Gloria.

—¿Pero aún no has preparado nada de beber?

—Es que no sé... Para preparar combinados tengo muy poca gracia.

—Deja, lo haré yo.

Phil, decidido a cargar la mano desde el primer momento, puso en cada vaso un doble chorro de ginebra. Ella le dejó hacer.

—Tengo sueño... —dijo apoyándose perezosamente en una de las puertas.

Y fue en ese momento cuando sucedió aquello. Cuando los dos oyeron el aullido largo, sobrecogedor, del perro.

Gloria, que sostenía uno de los vasos, lo dejó caer a tierra. Phil apretó el suyo con tanta fuerza que sus nudillos blanquearon.

—¿Qué es eso? —musitó Gloria.

—Ya lo has oído: un perro.

—¿Un perro... aquí?

—No es aquí, Es en la marisma.

—Se ha oído junto a la casa...

Gloria fue retrocediendo poco a poco hacia la puerta, perdido todo su valor. A su rostro había asomado una palidez horrible, sin nombre, que era ya la palidez de la muerte.

Phil susurró:

—Ya no puedes irte.

—¿Pero por qué? ¿Por qué?

—Porque el perro está aquí.

Gloria sintió que todo su cuerpo temblaba. Sintió que sus diez dedos palpaban ansiosos la puerta de la casa, buscando una salida que ya parecía imposible.

¿Pero no había querido aquello precisamente? ¿No había provocado el accidente para que aquel momento llegara?

Ahora ya estaba sobre la pista, sobre la horrible pista.

Ahora ya sabía cómo debieron ser los últimos minutos de vida de su hermana Lena. Ya estaba a punto de llegar hasta la entraña misma del crimen.

Y ella tenía una pistola. Una pistola con seis balas.

Además, la policía iba a llegar de un momento a otro. Seguro que, a pesar de haberlos despistado, ya sabrían que ambos habían tenido que dirigirse hacia allí.

—Quieto, Phil —musitó.

—¿Quieto? ¿Por qué? ¿Qué pretendes?

Ella alargó la mano, recogió el bolso que había dejado sobre un diván y lo abrió para sacar la pistolita. En hacer todo aquello no empleó ni siquiera cinco segundos.

—He dicho que quieto, Phil.

—Muchacha, yo sólo quiero...

—Ni una palabra más. Abre esa puerta.

—¿Cuál?

—La que da a la escalera de caracol.

Phil tuvo un estremecimiento.

—No lo hagas. No sabes lo que vas a encontrar tras ella...

—Precisamente por eso he venido hasta aquí y he provocado todo esto. Porque quiero saberlo. ¡Abre la puerta!

Phil obedeció.

Con mano temblorosa hizo girar el pomo, después de retroceder lentamente unos pasos.

Gloria vio la zona oscura.

Vio también la barandilla y el nacimiento de la escalera de caracol. Pareció palpar el silencio.

—Acompáñame.

—¡Gloria!

—¡Delante de mí!

En ese momento Gloria no tenía ningún temor. No sentía ningún miedo en absoluto. La pistola cargada en la mano le daba una seguridad que no había sentido nunca. Sabía qué iba a enfrentarse con bestias o con hombres, nunca con fantasmas. Y las bestias y los hombres entienden bien el lenguaje universal de las balas.

Phil puso un pie en el primer peldaño. Pero aún se volvió para decir:

—Estás loca... Si quieres yo te encerraré en una habitación donde no pueda ocurrirte nada, pero no hagas eso... ¡No lo hagas!

—¡Enciende la luz!

—¡No seas loca, Gloria!

—¡Enciende la luz te he dicho!

—¡No me obligues a hacer eso...!

—¡Obedece o disparo!

Por el tono tenso de la mujer se adivinaba que ésta iba a cumplir su amenaza. No hay nada peor que una mujer con los nervios en punta, y Phil lo sabía.

Encendió la luz, moviendo el conmutador que tenía a su izquierda, al principio de la escalera.

Y entonces Gloria lo vio.

Lo vio todo.

Lanzó un aullido frenético, masticando su propio horror, mientras apretaba el gatillo de la pistola.

El alarido espantoso del perro se volvió a reproducir.

Gloria se dio cuenta de que ninguna de sus balas había alcanzado el blanco, y gimió dándose cuenta de que sólo tenía una esperanza: intentar escapar a oscuras.

Tendió la mano y apagó la luz, pero entonces ocurrió algo que ella no esperaba.

¡Sonó un chasquido y se apagaron todas las luces de la casa!

Por lo visto había un conmutador general abajo, al pie de la escalera de caracol. ¡Y el ser de pesadilla que estaba abajo amaba la oscuridad! ¡Aquel ser satánico buscaba las tinieblas!

Gloria apretó el gatillo dos veces más, gastando inútilmente sus últimos plomos.

Intentó huir, girando hacia el vestíbulo, porque sabía que allí encontraría, aunque fuese a tientas, la puerta de salida a la calle. Pero su pie izquierdo se enredó en uno de los peldaños de la escalera de caracol.

Lanzó un grito de infrahumano terror, mientras el aullido del perro parecía resonar dentro de su cráneo.

Dejando el zapato preso en la escalera, se puso en pie y dio un salto hacia atrás, con todo el vigor de su juventud. Oyó una respiración jadeante, cortada, muy cerca de ella.

¡Era imposible!

¿Cómo alguien podía moverse con aquella rapidez, con aquella fantástica seguridad entre las tinieblas?

Gloria sintió la respiración junto a sus ojos, junto a su cuello.

Y de pronto comprendió.

Pero – era ya demasiado tarde.

Era ya demasiado tarde para llorar, para suplicar, para vivir...

CAPÍTULO XII

Phil corrió hacia el garaje, que estaba en la parte posterior de la casa, e hizo correr con manos temblorosas las dos grandes puertas corredizas, parecidas a las de un hangar.

Dentro había un «jeep» y un soberbio «Jaguar» azul tipo deportivo, con el que en dos horas podría estar a doscientas millas de Nueva York.

Jadeante, con las manos todavía crispadas, abrió la portezuela y buscó las llaves de contacto que debían estar puestas.

Entonces lo vio.

Vio aquellas dos manos grandes, quietas, duras, que estaban cerradas sobre el volante.

Y aquellos ojos.

Aquellos dos ojos quietos, fríos e inhumanos que le miraban a través de las tinieblas.

Phil aulló:

—Dé... je... me...

No pudo hablar más. Las dos manos se movieron. A ellas siguió un cuerpo alto, musculoso, que se movió fuera del coche con la agilidad de una pantera negra.

—Quiero verte... —susurró una voz—. Quiero verte bien mientras te parto a pedazos...

Phil intentó huir y llegar hasta la puerta, pero no pudo. Una de aquellas manos le dio un brutal golpe en la nuca, derribándolo de bruces por tierra y haciéndole lanzar un quejido.

Las luces del garaje se encendieron. Unas luces de neón que daban al aire una claridad triste, parecida a la de un depósito de cadáveres.

Phil gimoteó:

—Noooo... ¡Noooo!

Las punteras de los pies de Mark se clavaron en sus flancos. Phil

sintió como si le desgarraran los riñones, como si su propio cinturón se le clavara en la piel.

Mark lo sujetó por las solapas, poniéndolo en pie, y cuando lo tuvo cerca le escupió a la cara.

Phil gimoteaba.

—Yo no he tenido la culpa... No he tenido la culpa...

—Acabo de verla, cerdo asesino... Acabo de verla rendida en el vestíbulo y lo único que lamento es haber llegado demasiado tarde... ¡Pero tú lo pagarás! ¡Pagarás cien veces el precio de su sangre!

Phil intentó desesperadamente un golpe bajo, clavando la rodilla derecha en la parte inferior del vientre de su enemigo.

Mark se estremeció de dolor, pero eso no hizo más que multiplicar su furia.

De pronto dejó de ser un hombre para convertirse en un torbellino, en una bestia sedienta de sangre y de violencia. Sus puños, fueron al encuentro del rostro de Phil, mientras lo soltaba. Los dos primeros golpes le partieron las cejas, y el tercero le destrozó los labios. Phil cayó a tierra restañándose su propia sangre.

—No lo hagas. ¡No... lo... hagas!

Mark volvió a levantarlo, pero ahora a puntapiés. Lo hizo rodar de un lado a otro del garaje como un muñeco. Cuando Phil estuvo en pie, le clavó un gancho al mentón que le hizo saltar sobre él capó del «Jaguar», donde intentó defenderse con las piernas, como un gato panza arriba.

Fue inútil.

Mark conocía todos los recursos y estaba dispuesto a emplearlos. Sujetó uno de los pies de su enemigo y lo retorció salvajemente, haciéndole dar dos vueltas sobre el capó para que su tobillo no saltara hecho pedazos. Una vez lo tuvo en tierra, le golpeó la cara con los zapatos.

Phil gemía, aullaba, pataleaba, mientras su rostro se iba convirtiendo en una máscara de sangre.

Era el castigo más brutal, más despiadado que le habían infligido jamás. Era una paliza inhumana que le colocaba al borde de la muerte.

Y precisamente a la muerte quería llegar Mark.

Le apretó el cuello con uno de sus pies, estrangulándolo poco a

poco. Phil ya no podía ni gritar.

Su rostro se iba volviendo de un color morado, casi negro, mientras la muerte por asfixia le atenazaba poco a poco.

Mark comprendió que aquello era el fin, pero no vaciló.

Y hubiese matado a Phil si en aquel momento una voz no llega a decir a su espalda:

—Quieto o te abraso, Tarzán.

Una voz de mujer.

CAPÍTULO XIII

Mark dejó de apretar mientras sus ojos giraban poco a poco en dirección al lugar donde la voz había sonado.

Vio primero la pistola, una «Luger» bien limpia, bien pavonada, con el negro orificio del cañón apuntándole al centro de la cabeza.

Una mano firme empuñaba aquella «Luger». Era seguro que no fallaría el disparo.

Y detrás de la «Luger» estaba una de las mujeres más bonitas, más completas, más tentadoras que Mark había visto nunca.

Llegó a olvidarse del arma que le apuntaba cuando susurró:

—¿Quién es usted?

—Ya hablaremos de eso. Ahora suelte a ese hombre.

Mark dio un último puntapié al guiñapo en que se había convertido Phil y lo dejó sin sentido, de bruces entre los dos coches.

—Ahora suelte la artillería —dijo la mujer.

—No llevo armas.

—Me gustará comprobarlo. Apoye las manos en la parte alta del coche, con las palmas bien abiertas, y separe las piernas.

—Oiga, muñeca, yo...

—¡Obedezca!

A Mark no le gustaba que le registrasen como a un malhechor, pero comprendió que tenía una buena oportunidad para deshacerse de la desconocida. Cuando ella se acercase, vería lo que era bueno.

Obedeció.

—Quieto o le abraso —murmuró ella entre dientes—. Se equivoca si cree que a las mujeres nos da miedo apretar el gatillo.

—Ya sé que no, muñeca.

Se colocó de la manera que ella esperaba para poder registrarle. Pero no separó las piernas demasiado, para poder conservar el equilibrio cuando llegara el momento de volverse.

Ella se acercó. Despedía un perfume extraño que parecía

proceder de su propia piel, y que Phil notó como si, a pesar de su suavidad, llenara el Universo entero.

—Muy bien. Así estás realmente mono. Y ahora...

No llegó a decir más.

Mark se volvió con la velocidad del relámpago, empleando una treta de judo que conocía bien. La muchacha sintió un choque en la muñeca y notó que la pistola caía al suelo antes de haber tenido tiempo para darse cuenta de nada.

Mark la sujetó antes de que pudiera rehacerse.

Sus labios estaban muy cerca, pero él no la soltó.

Claro que no.

Antes de que la muchacha se diera cuenta ya la había besado. Fue una irresistible atracción que duró un segundo. Más tarde Mark había de preguntarse muchas veces por qué había sentido aquella irresistible atracción, por qué aquella mujer había llamado a sus instintos como jamás lo hiciera ninguna otra.

La soltó lentamente.

Ella intentó golpearle con ambas manos en la parte anterior del cuello, para derribarlo, pero sólo consiguió que Mark la sujetara por las muñecas, mientras con el pie enviaba la pistola lejos.

—¡Cerdo! ¡Canalla! ¡Hijo de perra!

—Modera tu lenguaje, nena.

—¡No te he dicho ni la mitad de lo que pienso!

—Ni yo tampoco. ¡Y vamos a hablar claro de una maldita vez! ¿Quién infierno eres?

—Me llamo Carla.

—¿Y qué?

—Era amiga de Gloria.

—Eso no explica nada.

—¡Claro que explica! —gritó ella, desasiéndose—. ¡Yo fui quien la introdujo en ése asuntó sucio de las fotografías publicitarias, yo fui la que la hizo entrar en un mundo donde no debió haber puesto los pies jamás! ¿Por qué? ¡Pues porque pasábamos más hambre que dos perros vagabundos! ¡Pero a pesar de todo yo fui la única culpable!

Mark se introdujo lentamente las manos en los bolsillos, mientras la miraba.

Bonita chica, infiernos.

Uno sentía la tentación de preguntarle en qué fotografías publicitarias había salido, para comprar la colección entera.

—Hubo una amiga de Gloria que le proporcionó un empleo mucho más serio y honesto y ella no lo aceptó porque ya se había acostumbrado a vivir de las fotografías.

—Sí. Un aburrido empleo en la sección de contabilidad de una Compañía de Seguros.

—¿Fuiste tú?

—Sí.

—Y supongo que no me equivoco al creer que te habías convertido en una especie de ángel guardián de Gloria.

—Pretendía serlo.

—¿La ibas siguiendo a todas partes?

—A veces no podía.

Mark se inclinó para recoger la pistola y se la tendió lentamente a la muchacha.

—¿Por qué has impedido que matase a este buitre?

—Porque matándolo ahora nada se resolvía. En todo caso, si es culpable, ya irá a la silla eléctrica. Pero necesitamos que hable.

—En eso eres más inteligente que yo —dijo Mark con lentitud—. Pero no he podido dominar mi impulso.

—Habrá que llamar a la policía...

—Antes hablemos un momento tú y yo. ¿Has visto algo especial al seguir a Gloria?

—No, excepto que la policía les seguía a ella y a Phil, pero por lo visto los han desorientado.

—¿Sólo Phil ha estado con ella?

—Por lo que yo he visto, así es.

—Infiernos, entonces él tiene que ser el asesino —masculló Mark, moviéndose como si fuera a reemprender otra vez su tanda de golpes—. También tengo la sensación de que no la ha dejado un momento...

—Yo no estoy tan segura.

—¿Por qué no?

—Hay en esto algo demasiado extraño. Que Phil fuera un maníaco que mata mujeres, sería demasiado simple.

—Además, ahora recuerdo haber notado otra cosa —masculló Mark mientras apretaba los puños.

—¿Qué has notado?

—Mientras corría hacia la casa he visto que todas las luces de ésta se apagaban durante un instante. Ha sido entonces cuando he oído gritar a Gloria. ¡La han asesinado en las tinieblas!



¡Han asesinado a mi hermana!

Hizo un leve gesto y añadió:

—¿Qué necesidad tenía Phil de matarla a oscuras?

—Puede ser porque así las posibilidades de defensa de Gloria resultaban menores —dijo ella tras unos instantes de reflexión—. El conocía la casa, y Gloria no.

—De todos modos, la cosa no acaba de encajar. La oscuridad siempre resulta un inconveniente para un asesino, cuando la víctima es joven y sabe moverse.

—También hay otra explicación para eso.

—¿Cuál?

—Que la haya matado una fiera.

Los dos sintieron que un leve escalofrío les subía desde la cintura a la nuca.

Fue en aquel momento cuando percibieron también el ruido del motor de un coche que se acercaba a poca velocidad por el camino enarenado que llevaba hasta la casa.

—La policía... —susurró Carla.

—Sí. Tiene que ser la policía —convino Mark—. Al final han debido decidirse a venir aquí. Y creo que no nos conviene que nos encuentren.

—¿Qué debemos hacer?

—Huir. ¿Has traído algún coche?

—Sí, pero lo tengo oculto en un sendero del bosque. No creo que puedan encontrarlo de momento. ¿Y tú?

—Lo he dejado también oculto entre unas rocas cercanas a la playa. Debemos huir cada uno en nuestro torpedo, porque de lo contrario la documentación nos delataría. Bastante compromiso representarán ya las huellas de los neumáticos.

—No las encontrarán si no las buscan especialmente. Todo esto es muy grande.

—Entonces vamos.

El ruido del motor del automóvil se oía ya muy cerca. Debía estar a unas cien yardas de la casa.

Salieron del garaje agazapados, esquivando el chorro de luz de los faros del coche. Era un cacharro de la policía, desde luego. Vieron que se detenía a bastante distancia y los agentes saltaban de él. Parecían querer dar ante todo una batida al terreno.

—El bosque está ahí mismo —musitó Mark—. Vamos, no llegarán a vernos si nos damos prisa.

Corrieron agazapados y pocos minutos después alcanzaban un estrecho sendero del bosque donde a duras penas cabía el ancho de un automóvil. Vieron el de Carla que era un «M. G.» descapotable, aunque de modelo bastante antiguo.

—Pon el motor en marcha y procura rodar silenciosamente —dijo Mark—. Nos veremos dentro de una hora en

«Forbey's»,

en la Octava Avenida.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Por el bosque se llega hasta la playa. Me deslizaré sin que me vean y saldré de aquí. Lo he hecho otras veces.

Se separaron en un instante. Mientras Mark corría hacia la playa, llegó a oír el levísimo zumbido del motor del «M. G.». Se oía también a los policías saltar y maldecir por entre las rocas, antes de decidirse a entrar en la casa.

Debían querer asegurarse de que no habría ninguna sorpresa.

Mientras tanto Phil, en el garaje, se reanimó. Le dolía todo el cuerpo horriblemente, y al principio ni siquiera supo dónde estaba. Poco a poco la claridad se fue haciendo en su mente.

Poniéndose en pie, respiró con ansia para intentar dominar las angustiosas arcadas que sentía.

Salió del garaje también, deslizándose como una sombra hacia la casa. Los policías aún no habían entrado en ella. Vio el cadáver de Gloria y se precipitó hacia la escalera de caracol.

Abajo lo vio. Abajo vio lo mismo que había hecho aullar de terror a Gloria.

—No... —gimió—. Noooo...

Su voz se transformó en un aullido Cuando imploró:

—Noooo, padre...

La policía entró diez minutos después, tras haber hecho una infructuosa batida por todos los alrededores.

Vieron el cadáver de Gloria y vieron a Phil como atontado junto a ella.

De lo que verdaderamente había ocurrido allí cinco minutos antes, nadie imaginó nada.

CAPÍTULO XIV

Los titulares del periódico decían:

«VA A ABRIRSE EL SENSACIONAL PROCESO
CONTRA EL MONSTRUO DE LONG ISLAND. EL FISCAL
SOLICITARA PARA PHIL REYNOLS TRES PENAS DE
MUERTE...»

Reynols (Patrick), el hermano mayor, lo devolvió lentamente a Mark, que estaba sentado ante él.

Los dos se encontraban en la finca de Long Island donde habían ocurrido los tres crímenes. Era de día y la luz entraba a raudales por las amplias ventanas. Parecía increíble que allí, en aquel ambiente lujoso y despreocupado, hubiera tenido lugar jamás una sola escena de horror.

—¿Y qué? —preguntó Patrick, mientras soltaba el periódico.

—¿Y aún dices eso? ¿Es que no has leído los titulares?

—Daba por descontado que Phil se encontraba un buen lío. Ese periódico no me dice nada.

—Creo que entre tu padre y tú deberías buscarle el mejor abogado de la ciudad. Va a necesitarlo.

—A mi padre no lo metas en esto.

—Hace mucho tiempo que está enfermo, ¿no? Jamás se le ve aparecer por la Compañía de Seguros.

—Está haciendo reposo. Tenía los nervios destrozados a causa de los mil negocios en que trabajó durante toda su vida.

Mark se mordió los labios.

No había logrado hacer caer a Patrick con aquella pregunta capciosa. ¿Pero por qué no confesaban Phil y él de una maldita vez que su padre estaba muerto? ¡En el nombre del cielo! ¿Es que morir se era una deshonra? El mismo había visto la certificación

acreditando una muerte natural, o sea que no habían de temer ninguna complicación. Entonces, ¿por qué no decían la verdad de una condenada vez?

¿O quizá el médico de la familia había extendido aquel certificado para ocultar algo mucho más siniestro, algo increíble, alucinante, en lo que no quería ni pensar?

Mirando las puertas de aquella habitación, de pronto todo le pareció distinto. Vio una de ellas que estaba abierta. Una en la que parecía insinuarse el principio de una escalera de caracol.

Mark tragó saliva.

Sentía no sabía qué, algo que le causaba frío en la espina dorsal, pero intentó alejar de sí aquellos pensamientos.

—Hemos ayudado mucho a Phil —dijo Patrick—. La suma que hemos tenido que depositar para que se concediese la libertad bajo fianza era enorme.

—Todos los periódicos protestan —dijo Mark—. Dicen que un presunto asesino, un hombre para quien el fiscal va a pedir tras penas de muerte, no puede estar en libertad bajo fianza por ningún concepto.

—Phil no es un asesino —dijo bruscamente Patrick—. Por lo menos nadie puede llamarle así hasta que el jurado lo declare culpable.

—Sí, pero...

—Por otra parte, un hombre de su posición no se da a la fuga. La fianza depositada es tan grande que su pérdida afectaría a toda nuestra organización. Phil responderá de las acusaciones que se le hagan.

Dio unos pasos por la habitación y se detuvo ante una de las ventanas, acariciando los cristales.

—¿Pero para qué hablamos de esto? —susurró—. Es absurdo. Hace un día maravilloso, y tú y yo somos pintores. ¿Para qué malgastar nuestro tiempo en ésa: horrible historia de crímenes?

—Tú lo has dicho; horrible historia.

—Phil saldrá bien de esto, no te preocupes.

Patrick se volvió de espaldas a la ventana mientras hablaba, y señaló con el dedo un magnífico cuadro de Soutine que estaba colgado sobre un diván de piel blanca.

—El color... —susurró—. El color maravilloso que empleaban

los hombres de la «generación maldita». ¿Los recuerdas? Soutine, Modigliani, Rousseau... Todos están muertos. Todos acabaron en plena juventud dejándonos como mensaje ese color que parece atravesarlo todo.

—Soutine no me gusta —musitó Mark.

—¿Por qué?

—Por el color de la sangre.

Patrick lanzó una carcajada.

—En el fondo... ¡qué poco entiendes! ¿Es que amas los colores pálidos? ¿Acaso té gustan los cuadros que no dicen nada?

Mark apretó los labios, disgustado, porque en el fondo aquella conversación no le interesaba.

No podía imaginar aún que allí, en los colores, estaba la clave de todo. No podía pensar que en las tinieblas y los colores yacían la llave que abriría aquel mundo de horror donde sobrenadaban tres mujeres muertas... y donde aún sobrenadaba Phil.

Se puso en pie.

—¿No crees que es peligroso que Phil esté en libertad? —preguntó bruscamente.

—¿Por qué?

—Porque, si es él el asesino, puede volver a matar...

—¡Qué absurdo!

La expresión de Patrick era burlona y seca.

—¡Qué absurdo! —repitió—. Phil no ha matado jamás a nadie. Tú le diste una monumental paliza creyendo que era el asesino y estabas equivocado. Phil no tuvo ninguna culpa.

—¿Quién entonces?

Patrick apretó los labios.

—Si lo supiera te lo diría. ¿Crees que no iba a hacerlo? ¿Crees que dejaría que toda esta tragedia se batiera sobre nosotros?

Añadió con voz más ronca cada vez:

—Pero ten cuidado, Mark. Phil, aunque no lo parece, es muy peligroso. Si decide vengarse de aquellos golpes... puede que tú también conozcas el sabor de la muerte.

Mark encendió un cigarrillo.

Hacía una noche tan oscura, tan espesa, que no se distinguía nada a dos pasos de distancia. Los altos cipreses, la entrada del pequeño cementerio de Long Island, eran como manchas que hacían

un poco más espesa la noche, pero nada más.

Se les oía susurrar entre las tinieblas, mecidos por el viento. Mark se dijo que no hay susurro más extraño, más lóbrego y largo que el de los cipreses.

Caminó unos pasos, siguiendo la doble línea de aquellas manchas. Sabía así que no se alejaba del centro del camino.

La brasita del cigarrillo era lo único que se veía brillar entre las tinieblas, lo único que delataba la presencia de un ser vivo en aquel imperio de los muertos.

A lo lejos, muy a lo lejos, se veían brillar las luces de la mansión de los Reynolds.

Mark había hecho aquel camino entre la casa y el cementerio docenas de veces. Se daba cuenta de que aquél era un lugar tranquilo, ignorado, donde no le molestaba nadie y desde el cual, con la ayuda de unos prismáticos, podía vigilar perfectamente la casa.

Veía a los criados, a Patrick, que pintaba junto a una de las ventanas, y a Phil, que desde que estaba en libertad bajo fianza no salía de aquella casa para esquivar la implacable vigilancia de los periodistas.

Pero esta noche Mark había perdido en aquella vigilancia demasiado tiempo. Se le había, desplomado la noche encima sin que se diera apenas cuenta, de que las tinieblas ya lo rodeaban todo.

Un pensamiento cruzó su mente, haciéndole estremecerse:

¿Por qué Gloria había sido asesinada a oscuras? ¿Por qué su asesino había preferido matar en la oscuridad?

Fue entonces, mientras este pensamiento le producía un escalofrío en la espalda, cuando creyó notar aquello.

Unos pasos.

Unos pasos leves como un susurro, como el caminar de una sombra. Un roce alado cómo el soplo de la muerte.

Mark arrojó el cigarrillo y se volvió instantáneamente, mientras apretaba los puños. Pero no vio nada. Aquella cosa negra, grande, ancha, que parecía flotar entre las sombras, se arrojó sobre él. Aquel ser de pesadilla que mataba en la oscuridad le envió a través de la noche un frío mensaje de acero.

Mark vio apenas el brillo del puñal y saltó de costado, chocando

contra uno de los cipreses. Oyó una respiración jadeante muy cerca de donde estaba. El puñal fue en su busca a través de las tinieblas como si un equipo de radar lo guiase. Mark lanzó un grito al sentir el frío del acero en sus entrañas.

Aquella sombra negra clavó la hoja otra vez y luego se separó velozmente. Se movía con seguridad, como si pudiera ver a través de las tinieblas. Mark apretó con ambas manos su vientre, mientras se desangraba.

La pesadilla se esfumó entre las sombras.

CAPÍTULO XV

Pero fue solo un momento.

Luego la pesadilla volvió, aunque ya no en forma humana. Volvió en forma de un aliento caliente y fétido que parecía llegar desde las mismas entrañas de la noche. Volvió en forma de pisadas rápidas, sesgadas, parecidas al picotear de la lluvia sobre la arena.

Mark lo adivinó cuando ya no podía huir, cuando ya era demasiado tarde para evadirse de aquel mundo de pesadillas.

¡Un perro!

¡El mismo perro gigantesco que había acabado ya con las vidas de tres mujeres y que ahora acabaría con la suya!

Mark intentó arrastrarse entre las tinieblas, mientras se desangraba. Aún tenía una esperanza, y era la de que el perro, en la oscuridad absoluta que les envolvía, no pudiera verle. A pesar de su olfato, a pesar de todo, quizá Mark lograría huir.

Sus esperanzas fueron vanas.

Notó las fauces junto a él, junto a su cuello, cuando empezaba a arrastrarse. Pudo poner el brazo por delante y los dientes se hincaron salvajemente en él, desgarrándole la americana. Mark lanzó un grito mientras una onda de dolor llegaba hasta su cerebro. El perro retrocedió, enfurecido, y atacó otra vez.

¡Dios santo! ¿Cómo podía atacar con aquella severidad entre las tinieblas? ¿Cómo aquella sombra le había acertado certeramente con su puñal si no podía verle?

Logró ponerse en pie de un salto, mientras el perro le clavaba los dientes en la pierna derecha, por su cara interna. Desgarró la carne con tal furia que Mark temió que se llevase por delante la femoral, en cuya caso moriría sin remedio. Gritó de dolor mientras el pensamiento llegaba también en ondas hasta su cráneo.

Tenía que matar.

Iba a ser repugnante aquella lucha, pero era su vida lo que

estaba en juego. Dominando el terrible sufrimiento, Mark llevó las dos manos hacia el cuello del perro y apretó con todas las fuerzas de que era capaz. Se dio cuenta de que cuanto más apretaba más sangre perdía, pero aquello era una carrera contra reloj, en la que, o mataba, o perdería sin remedio su propia vida.

El perro aulló estremecedoramente mientras las manos de Mark apretaban su garganta.

Mark conocía muchas tretas mortales, pero todas ellas le habían sido enseñadas para exterminar hombres, no bestias. Un ser humano no le hubiera durado ni diez segundos, pero aquel perro le estaba destrozando con sus dientes mientras él lo estrangulaba. Se dio cuenta, con horror, de que estaba perdiendo la carrera contra reloj. La pérdida de sangre le iba produciendo una debilidad tan progresiva que el perro le destrozaría la femoral antes de que pudiera estrangularlo.

Y no fue eso lo peor.

¡De pronto Mark cayó!

Los dientes del perro, con un certero instinto, fueron hacia su cuello. Mark supo que, si cedía, los colmillos le desgarrarían la aorta. Moriría como Lena, como Mara, como Gloria... ¡Moriría de una forma estúpida y cruel, bajo las zarpas de una bestia!

De no haber estado herido la cosa habría sido relativamente fácil para Mark, pero ahora a cada movimiento sentía desgarrársele el vientre. La sangre surgía ya a chorro. No podría resistir mucho tiempo más. ¡No podría!

¡Y de pronto sus manos resbalaron! ¡La cabeza del perro adelantó unas pulgadas y sus colmillos se le clavaron en el cuello!

Con un último esfuerzo Mark logró distanciarlo, pero supo que no podría resistir la siguiente acometida.

En ese momento... ¡En ese momento un chorro de luz les iluminó!

Una hoja de acero, moviéndose entre aquella luz fue certera hacia el cuello del perro, matándolo casi en el acto. Mark se lo quitó de encima e intentó taparse las crueles heridas. El chorro de luz de la linterna le enfocó entonces a él.

—Mark...

Creyó que aquella voz venía desde más allá de las tinieblas, desde más allá del tiempo. Era la voz de Carla. A la luz de la

linterna la vio arrodillarse junto a él, sosteniendo entre los dedos un cuchillo tinto en sangre.

—Mark... ¿Quién te ha herido así? ¿Mark? Estás desangrándote...

—Alguien que manejaba un cuchillo en la oscuridad. Me ha dejado casi listo para que me rematase el perro.

—Necesitas que alguien te ayude inmediatamente.

—¿Te parece poca ayuda la que acabas de prestarme?

—Alguien tiene que contener esa hemorragia.

—¿Tienes un pañuelo limpio?

—Sí...

—Dámelo. Lo aplicaré con todas mis fuerzas sobre la herida del vientre. Lo de las piernas y el cuello es más doloroso, pero no me moriré por ahí.

Ella le dio el pañuelo. Mientras taponaba hábilmente la herida, Mark preguntó:

—¿Cómo estás aquí?

—Sabía que vigilabas la casa desde este lugar y he querido relevarte si era necesario. Para no encender la luz, caminaba muy poco a poco y pegada a los cipreses, ¿sabes? Y me ha parecido ver una sombra que se deslizaba en sentido contrario... pero con una increíble rapidez.

Mark se puso en pie, y en ese momento el haz de luz de la linterna enfocó el cadáver del perro.

Mark susurró:

—¡Dios mío...!

Sabía ya quién era el asesino. Lo sabía ya como si lo tuviera ante sus propios ojos... ¡Y Mark, a pesar de su experiencia, sintió deseos de lanzar un grito de horror!

—¿Qué te pasa? —preguntó Carla.

—Nada... ¡Pero huye de aquí, Carla! ¡Huye, pronto!

—¿Por qué? ¿Qué te ha sucedido de repente?

—Mira.

Ella miró el cadáver del perro, pero no comprendió.

—¿Por qué tengo que huir?

—No podré defenderte si te atacan.

—¿Quién va a atacarme? Ahora el perro que asesinó a tres mujeres ha muerto. No se atreverán a...

—El perro no las asesinó, sino que se limitó a rematarlas. Les habían clavado ya un cuchillo cuando él saltó entre las tinieblas. ¡Y el que hizo eso todavía sigue vivo! ¡Sigue vivo y dispuesto a matar!

—Mark, no consigo entenderte...

—¡Vete de aquí!

—Pero tú necesitas ayuda...

—Me la prestarán en casa de los Reynols.

—¿Estás loco? ¡Sabes que el asesino salió de allí! ¡Sabes que Phil está libre! ¡Lo sabes perfectamente!

—Claro que lo sé, y por eso voy a ir hacia la casa. Pero es asunto exclusivamente mío.

Mark echó a andar, comprendiendo que los minutos eran preciosos. Ella le siguió tenazmente.

—¡Te has vuelto loco! ¡Loco...!

—Allí me ayudarán.

—¡Lo que harán será asesinarte! ¡Han despedido a los criados de la casa y allí están solos Phil y Patrick! ¡Y uno de los dos es un rabioso asesino!

—Te equivocas... Hay alguien más.

—¡Mark!

Algo como un mudo pálpito de horror se movía sobre el rostro de la muchacha.

—Te digo que te marches. No quiero que tú corras peligro. ¡Lárgate de una maldita vez!

Ella obedeció, sollozando. Mark la percibió vagamente alejándose pegada a los cipreses. Sabía que podían atacarla, pero él llegaría a la casa antes de que esto sucediera.

Arrastrándose casi, con las ropas empapadas en sangre, llegó hasta el porche.

La puerta estaba abierta y oscilaba suavemente a impulsos de la brisa nocturna.

Mark respiró fuerte, mientras se apretaba la herida en el vientre para no vacilar.

La puerta.

Más allá estaba el vestíbulo iluminado, donde no se veía a nadie. Los cuadros situados aquí y allá marcaban sobre las paredes sus manchas de color.

Ahora Mark se daba cuenta de que allí estaba la clave. Ahora se

daba cuenta de que podía hacer una prueba definitiva, suprema, para saber quién era el que había creado aquel imperio del terror.

Acercándose al diván, puso un cuadro de Soutine en lugar de otro de Modigliani, y el de Modigliani en lugar del cuadro de Soutine.

Aquel leve esfuerzo acabó con sus energías. Mark se dio cuenta de que estaba al borde de su resistencia, de que aquello era el fin.

Se había convertido en un guiñapo con el que el asesino podría acabar fácilmente. Pero al menos Carla estaba lejos. Al menos a ella no le ocurriría nada...

Mientras pensaba esto oyó un levísimo chasquido en una de las ventanas de la habitación contigua. Su instinto le advirtió lo que sucedía. ¡Carla no le había obedecido y acababa de entrar! ¡Carla no se daba cuenta de que acababa de poner los pies en su propia tumba!

Conteniendo la respiración, la muchacha alzó la ventana de guillotina y entró en la oscura habitación. Era una biblioteca grande, sólida, enorme, con centenares de volúmenes alineados en sus estanterías. Resultaba un lugar impropio para una finca de veraneo, pero Carla ya se había dado cuenta de que en aquella hermosa casa todo era contradictorio, fantasmal y extraño.

Cerró la ventana para que no se notase nada anormal en la estancia. Luego avanzó poco a poco, respirando con angustia.

En todas partes imperaba el silencio. A pesar de sus precauciones, sólo se oía el ritmo agitado de su propia respiración.

Entreabrió levísimamente una puerta y vio a Mark, medio caído en el diván sobre el que dejaba una extensa mancha de sangre. Para que él no la viera a su vez, retrocedió en el mayor silencio.

No quería dejarle solo. En los pocos días que llevaba tratándolo, aquel hombre había llegado a significar demasiado para ella; no permitiría que, desangrándose como estaba, lo asesinaran impunemente.

Vio entonces otra puertecita, casi oculta por dos grandes estanterías repletas de libros.

La abrió.

Un estrecho pasillo de paredes desnudas conducía en línea recta hacia una escalera de caracol.

La muchacha avanzó por él.

Una penumbra suave, violácea, lo envolvía todo.

Carla puso la mano derecha en la barandilla de la escalera de caracol. Bajó un peldaño.

Nada se movía a su alrededor; todo era como una tumba.

Poco a poco, como una sonámbula, descendió todos los peldaños hasta llegar a la planta baja.

No sabía que aquella escalera de caracol era lo último que las otras mujeres habían visto antes de morir. Caso de saberlo, habría lanzado un grito de horror.

Pero ahora nada sucedía.

Sólo sentía el silencio, el silencio como una mano gélida y quieta posada en su nuca.

Vio que el suelo era de tablas.

No sabía por qué estaba allí ni sabía exactamente lo que buscaba, pero aquel ambiente llegaba a obsesionarla. Algo misterioso le decía que allí estaba la clave de todo. Algo misterioso a lo que no sabía dar nombre le estaba susurrando al oído palabras de esperanza y al mismo tiempo de horror.

Avanzó pausadamente por la gran sala de paredes desnudas. Había algunos trastos inservibles amontonados aquí y allá, pero tan sólo distinguía sus relieves. De pronto sus finísimos tacones notaron en el suelo algo casi imperceptible.

La junta de una de las tablas era un poco más gruesa que las otras. Su tacón casi resbalaba por ella.

Ansiosamente, la muchacha encendió la luz.

Vio la gran habitación vacía de toda presencia humana, ocupada sólo por varios cachivaches entre los que destacaba una gran butaca cubierta por un lienzo blanco.

No se notaba nada en el suelo a simple vista, pero la muchacha exploró con su tacón. Pudo entonces hallar otra vez la ranura un poco más gruesa. Empleando el puñal con el que había matado al perro, lo introdujo por la junta.

Algo cedió.

¡Allí había algo! ¡El suelo de tablas ocultaba en realidad un hueco o una trampa!

Los esfuerzos de Carla arreciaron. Consiguió introducir el cuchillo hasta hallar una base más dura, sobre la cual la trampa se apoyaba. Tiró hacia arriba con habilidad, y unas cuantas tablas se

alzaron como una tapa.

Debajo de las tapas había una gruesa plancha de metal y otra de goma, para que hicieran de aislante, pero el olor llegó en seguida al olfato de Carla.

¡Aldehído fórmico! ¡Formol! ¡El líquido que en todo el mundo se emplea para conservar los cadáveres!

Vio que en realidad la tapa cubría un pozo muy estrecho, cuadrado, donde apenas cabía una persona. Aquel pozo estaba lleno de formol hasta el borde, no obstante lo cual se veían sobresalir ligerísimamente los cabellos de una persona.

Aquello era más de lo que la muchacha podía soportar. Sus nervios fallaron y lanzó un alarido.

Fue entonces cuando vio aquellos zapatos. Aquellos zapatos negros.

CAPÍTULO XVI

Mark oyó los pasos. Oyó aquellos pasos lentos, sosegados, que avanzaban a través de las habitaciones vacías.

La puerta principal del vestíbulo se abrió.

Mark dijo:

—Hola, Patrick.

Vio crispase las facciones de Patrick. El dibujo de su boca reflejó sorpresa, pero inmediatamente se rehízo.

—¿Tú aquí? —musitó.

—Sí, Patrick.

—¿Qué has venido a hacer?

—A pedirte ayuda.

—¿Para qué?

—Me estoy desangrando, Patrick.

Era verdad, por supuesto. Mark ya no podía más. Estaba al borde del desfallecimiento.

—Pero ¿qué te ha ocurrido?

—Estoy... —Mark lanzó una seca y amarga carcajada—. ¿Tú recuerdas la pintura más famosa de tu admirado Soutine, Patrick?

—Claro. El pollo degollado.

—Pues yo estoy aproximadamente igual.

Patrick hizo un extraño gesto.

—Soutine... Siempre lo he admirado. Ese color tan intensamente rojo de la sangre... Qué efecto, hace aquí, sobre el diván, esa reproducción de su cuadro más famoso, ¿verdad?

La señaló, mientras Mark le miraba con los ojos entrecerrados.

—Sí. Es un efecto único.

—Lo único que lamento es no poder llegar a poseer el original. Pagaría por él lo que fuese.

—Claro...

Los ojos de Mark estaban posados en los del pintor que un día

fue una gran esperanza de Norteamérica.

Y fue entonces, sin dejar de mirarle, cuando pronunció aquellas palabras:

—¿Desde cuándo estás ciego, Patrick?

CAPÍTULO XVII

Carla sostuvo todo lo posible la respiración, sintiendo que se ahogaba, mientras el olor irresistible del formol lo llenaba todo, picando horrorosamente en sus pulmones y haciéndola lagrimear.

Vio los zapatos, aquellos zapatos negros espantosamente quietos, bajo el nacimiento de las piernas. El gemido agónico de Carla se repitió, pero aún tuvo serenidad suficiente para hacer lo que consideraba su primer deber y lo que había sido su primer impulso.

Sobreponiéndose a su repugnancia, introdujo levemente la mano derecha en el formol y tiró de los cabellos, haciendo elevarse hacia arriba el rostro del cadáver que reposaba allí dentro.

Nunca olvidaría aquellas facciones crispadas, terriblemente agónicas, ni aquellos ojos abiertos y deformados por el horror.

No, nunca...

Nunca olvidaría la expresión de aquel hombre caído involuntariamente en el horrible pozo, ahogado en el espantoso líquido que había servido para conservar durante meses y meses un cadáver.

Era Phil.

Phil, cuyo rostro espantosamente crispado era como la propia máscara de la muerte.

Y fue en aquel momento cuando aquello ocurrió.

Fue en aquel momento cuando el lienzo que cubría la butaca resbaló de golpe, y Carla vio que, en esa butaca, calzado con los zapatos negros, estaba sentado un hombre.

Un hombre de edad ya madura, cuyos ojos vacíos, cuya piel apergaminada, indicaban que llevaba muchos meses muerto. Un cuerpo embalsamado y conservado en formol.

Carla lo recordaba por haberlo visto algunas veces retratado en revistas, tiempo atrás.

Era el financiero Reynolds, el padre de Patrick y de Phil.

El miedo subió como un espasmo, como una náusea hasta la garganta de la muchacha, que lanzó un horrible, un crispado grito de terror.

Aquel grito fue oído perfectamente desde el lugar donde se encontraban Mark y Patrick.

Patrick sonrió de una forma inconcreta, lejana, mientras apoyaba la mano derecha en la pared que estaba a su alcance.

—Tú eres la primera persona que lo ha notado —susurró—. Ni siquiera mis criados, a los que por otra parte procuraba tener bien lejos, han advertido algo. Sólo lo sabía mi hermano Phil.

—¿Pero desde cuando estas ciego?

—Desde que deje de pintar, hará unos seis meses. A ti te extrañó mucho que no hubiera tocado los pinceles en todo ese tiempo, cuando antes era uno de los pintores más constantes y laboriosos de este país.

—Tú viniste a mi encuentro cuando yo estaba pintando en la colina —musito Mark—. ¿Cómo pudiste conseguirlo? Te movías como si realmente pudieses ver.

—Me muevo por la casa y sus alrededores sin ninguna dificultad. He vivido aquí muchos años y además me acostumbré a andar con los ojos cerrados cuando noté que me volvía ciego, contando los pasos. Es más, a oscuras tengo ventajas que los otros no tenéis.

—Lo comprendo. Por eso a todas tus víctimas las matabas en las tinieblas; así no podían escapar. ¿Pero cómo pudo quedar ciego un hombre de tu posición? ¿No te examinaron los médicos?

—Los mejores del país, pero les exigí que no dijeran nada, y ellos se vieron obligados a guardar silencio en virtud del secreto profesional. Quise operarme, pero era inútil. Ni siquiera todo mi oro podía lograr el milagro de una curación. Se me estaba desecando el nervio óptico.

Fue en ese momento cuando oyeron ambos, perfecto y claro como si sonase allí mismo, el grito angustioso de Carla.

—Ha debido encontrar los dos cadáveres —dijo tranquilamente Patrick.

—¿Qué... dos cadáveres?

—El de mi padre y el de Phil.

La calma glacial de Patrick dejaba atónito a Mark. Era eso lo que

le daba la sensación de que estaba ante el asesino más implacable que había conocido. Era eso lo que le producía un vértigo que a cada momento podía resistir menos.

Su sangre seguía goteando al suelo, a pesar del pañuelo con que contenía la hemorragia. Se daba cuenta de que ya no podría resistir mucho tiempo más. En realidad, estaba en manos del asesino.

Pero no temía por él. Temía por Carla. ¡Carla, que después de salvarle la vida, había caído en la trampa!

—¿El cadáver de Phil? —susurró Mark.

—Ha caído involuntariamente. ¡Pequeño idiota...! Estaba tan asustado que ha caído al pozo al ayudarme a sacar el cadáver, y ni siquiera he podido salvarle. Claro que tampoco me he dado mucha prisa en hacerlo...

Aquella calma satánica, glacial, de Patrick destrozaba los nervios de Mark. Se daba cuenta de que el asesino, en cierto modo, estaba jugando con él.

Porque Patrick estaba ciego, pero le dominaría fácilmente en la oscuridad. Y él, en cambio, era como un inválido que no podía moverse.

—¿Qué cadáver?

—El de mi padre.

—De modo que lo teníais aquí. ¡Lo imaginaba...! ¡Claro que lo imaginaba, infiernos! He visto su certificado de defunción, pero en cambio no consta el entierro en ninguna parte. ¿Por qué lo hicisteis? ¿Por qué?

—Me apresuro a decirte que mi padre murió de muerte natural.

Mark hubiera ido gustosamente en ayuda de Carla, pero no podía moverse. Decidió aguantar.

—Porque su muerte hubiera provocado una baja terrible en las acciones de nuestro negocio —susurro Patrick—. Precisamente coincidió con una ampliación de capital importantísima. Si se llega a conocer la muerte de mi padre nadie hubiera suscrito las nuevas acciones, porque nadie tenía confianza en Phil y en mí. Y necesitábamos aquel dinero angustiosamente para poder competir con las otras Compañías. Ser más fuertes o desaparecer, ése es el lema implacable de los negocios en nuestro país. Por ello mantuvimos en secreto su defunción y cumplimos el requisito de notificarlo al Registro Civil, pero en cambio no se le dio sepultura.

El mismo médico de la familia lo embalsamó y luego conservamos el cadáver en un pozo de formol, igual que se hace en algunas dependencias de la Morgue.

—¿Sabías que así cometíais una grave infracción de las leyes sanitarias de este país?

—Al lado de la ruina, eso no tenía importancia. Ya lo hubiéramos arreglado. No nos preocupaba.

—¿Qué decía Phil?

—Por él se hubiera ido todo al infierno. Phil era un maldito imbécil. Pero yo le convencí y se hizo lo que yo quería.

Mark se apretó el vientre, donde sentía, entre espasmos de dolor horrible, el gotear de su propia sangre.

—¿Por qué habíais sacado hoy el cadáver, Patrick?

—La comedia ya había terminado. El capital estaba totalmente suscrito. Ya podíamos ponernos en contacto con las autoridades sanitarias.

—Y las otras veces, ¿por qué lo sacasteis?

—Era necesario renovar el formol, y además así yo mantenía en un clima permanente de horror a mi hermano Phil y le hacía obedecerme ciegamente con la promesa de que algún día, muy pronto, cesaría aquella pesadilla.

—¿Por qué no se rebeló él?

—¿Rebelarse? —Patrick río fría y silenciosamente—. ¿Cómo iba a hacerlo? Phil era un muñeco en mis manos. Me temía. Bastaba una sola palabra mía para que temblase de horror. Se daba cuenta de que en esta casa yo era tan fuerte como él. Por ejemplo, yo no fumaba ni reconocía las cosas cuando estaban fuera de su lugar, pero podía moverme con la misma soltura que cualquier otra persona. ¡Yo aquí era, el dueño y él lo sabía!

—¿Y por qué trajo a las muchachas aquí? ¿Por qué no a otro sitio?

—Porque ellas no hubieran ido a un lugar de mala nota, ya que eran chicas honestas. No le convenía a Phil llevarlas a su apartamento, donde hubiera sido visto, lo cual tendría gran importancia en caso de una denuncia. Además, después de ocurrir lo del primer crimen, le juré que no volvería a suceder. El me creyó, pero sin estar tranquilo. Incluso la última muchacha fue la que trajo prácticamente a Phil aquí, porque quería investigar. El deseaba

mejor ir a su apartamento, aunque fuese más arriesgado.

Mark, hizo la pregunta decisiva:

—¿Y por qué las matabas, Patrick?

—¿Por qué? —Patrick lanzó una risita, y sus facciones fueron cambiando muy lentamente, hasta transformarse en una mueca satánica—. ¿Aún preguntas por qué, pequeño imbécil? ¡Por odio! ¡Por odio invencible hacia los que eran jóvenes, hacia los que estaban sanos, hacia los que podían disfrutar del amor y de la vida! ¡Odiaba sobre todo a las mujeres, porque ellas ya jamás me harían caso, porque se horrorizarían de mis manos ávidas, porque les daría miedo mi mundo de tinieblas! ¡Un mundo en el que yo empezaba a sentirme a gusto y en el que sólo imperaban dos palabras! ¡El odio y la muerte!

Hizo una pequeña pausa, jadeando, y susurró:

—Y ahora ella va a morir también, infortunado amigo. Ella sabe ya demasiado, y en cuanto a ti, puesto que no he podido matarte antes, te exterminaré ahora. Vuestros cadáveres apretados cabrán también en la trampa de formol... donde yo los olvidaré. ¡Vuestros cadáveres de facciones espantosas quedarán allí por toda la eternidad!

Mark fue a moverse, fue a saltar reuniendo sus últimas fuerzas, y en ese momento la mano derecha de Patrick, la que estaba apoyada en la pared, se movió también.

Mark vio demasiado tarde que aquella mano estaba apoyada en el interruptor general de la luz.

De pronto sonó un chasquido y todo quedó sumido en las más espantosas tinieblas.

Mark se dejó caer a tierra. Comprendía que ésa era su única oportunidad.

El puñal que Patrick empuñaba con su mano derecha, trazó un círculo alucinante y fue a clavarse en la tela del sofá, desgarrándola. Patrick aulló mientras Mark le sujetaba la pierna derecha, doblándosela y haciéndole caer.

Una auténtica desesperación se había apoderado de Mark, que sabía que ahora no sólo luchaba por su vida, sino también por la vida de la muchacha. Las fuerzas que no tenía brotaron de nuevo. Las que conservaba aún, parecieron centuplicarse.

Pero aun así era Patrick el que tenía todas las ventajas. No sólo

no estaba herido y conservaba toda su fuerza, sino que en la oscuridad podía moverse mucho mejor que Mark.

Éste recibió un golpe, y pudo ladearse justo en el instante en que el puñal resbalaba sobre las baldosas.

Patrick lo empuñó otra vez, cazándolo como si tuviera un imán en los dedos. De un solo golpe lo hundió en la cadera de Mark, que se estremeció de angustia y de dolor, a pesar de darse cuenta de que Patrick había fallado el golpe, puesto que buscaba su corazón. Comprendió que ya no podría moverse más y que estaba irremisiblemente perdido.

Pero en ese momento Carla, sin saberlo, le salvó la vida por segunda vez.

Se oyeron de pronto sus pisadas que ascendían por la escalera de caracol.

Patrick se estremeció. Carla subía, Carla trataría de escapar. Aunque él conocía mejor la casa, nunca la tendría más acorralada que en la escalera de caracol, donde no había ninguna otra salida. Por eso le convenía cazarla allí, y por eso se puso en pie lanzando una especie de rugido.

—Ruges como el perro que fue de tu padre —jadeó Mark—. Como ese perro que también se volvió ciego y que tú empleabas para matar...

Patrick no le hizo caso. Mark era presa segura, pero en cambio la muchacha no. ¡A la muchacha había que cazarla antes de que llegara a la puerta!

Carla lanzó un aullido cuando creyó ver la sombra negra en lo alto de la escalera de caracol. Las tinieblas se habían transformado ahora en una espesa penumbra, pero apenas veía a dos pasos. La sombra avanzó hacia ella. Dos manos gigantescas parecieron surgir de la nada.

Carla balbució:

—¡Dios mío!

Las manos la apresaron, saltaron sobre su cuello. Carla sintió que era empujada hacia abajo por una fuerza irresistible, satánica, una fuerza que estaba más allá de este mundo. Retrocedió peldaño a peldaño por la escalera de caracol, mientras ahogaba el olor del líquido donde reposaban los muertos.

Llegaron abajo. Patrick conocía perfectamente el emplazamiento

del pozo y la empujó hacia él.

—¡Vamos, muñeca... grita...! ¡Grita un poco si quieres...! ¡Vacía bien tus pulmones ante de morir...!

El olor a formol la ahogaba, destrozaba sus pulmones. Sintió que era empujada irresistiblemente. Uno de sus pies cedió. ¡Uno de sus pies llegó a tocar aquel líquido horrendo!

—Noooo... ¡NOOOOO!

Su grito se perdió en las sombras, en la noche, en la nada. Su grito se perdió en ese vacío espantoso que ya es la frontera del Más Allá.

Y de pronto Patrick rugió.

De pronto Patrick sintió que alguien saltaba sobre él, que un hombre sangrante, destrozado, surgía de las sombras que habían sido su reino. Sintió que sus manos todavía poderosas le sujetaban la garganta con sus últimas fuerzas.

Soltó a Carla.

Fue a volverse, y en ese momento sus pies cedieron también. El aullido fue inhumano, frenético. Mark cayó al mismo tiempo y los dos se bambolearon un instante al borde del siniestro pozo. Los dos aullaron a la vez en el espasmo de la muerte.

Mark empleó su única, su última, su definitiva ventaja.

El judo.

Dio un golpe de costado a la cadera de Patrick y éste se bamboleo. Un golpe tras el tobillo y el mismo esfuerzo del asesino por conservar el equilibrio le hizo caer más rápidamente hacia abajo.

Luego un chapoteo, un grito de agonía... Mark cayó a tierra mientras Patrick trataba de salir, pero el otro cadáver que estaba dentro, al pegarse a él, le impedía todo movimiento. Era como si el propio Phil, abrazado a él, lo arrastrase hacia abajo, hacia la tumba, hacia el reino de la eterna noche.

Mark no podía moverse. No podía ayudarlo de ningún modo. Sus últimas fuerzas se habían agotado ya.

Carla sollozaba junto a él, en la oscuridad, presa de un ataque de nervios.

—Llama a un médico —rogó Mark—. Puedo salvarme si me atienden pronto. Llama a un médico y a la policía.

—Sí, Mark... Sí, mi vida...

Y Carla subió corriendo las escaleras de caracol, a pesar de las tinieblas.

Por primera vez aquellas escaleras condujeron a la vida en lugar de llevar en espiral hacia las entrañas tenebrosas de la muerte.

FIN

Joe Mogar
Una rubia en la
carretera

Precio:
7 ptas.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

 **COLECCION
CIRCULO BLANCO**



La aventura vivida

MI VIDA SUBTERRANEA
por Norbert Castleret

INVESTIGADOR SUBMARINO
por Lloyd Bridges
"Mike Nelson"

NIGER, LEYENDA Y REALIDAD
por Richard Owen

VOLANTES DE LA MUERTE
por Robert Daley

MI PADRE ES UN CANIBAL
por Sten Bergman

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COLECCION CIRCULO AZUL

Las páginas más apasionantes de la historia y sus personajes más trascendentales, a la luz de las últimas investigaciones.



**EL PROCESO DE
NUREMBERG**

**LOS PAPAS DEL
MUNDO MODERNO**

EL ALAMO

**EL ENIGMA DEL
COLLAR**

LOS ROTHSCHILD

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**COLECCION
CIRCULO ROJO**



Los archivos po-
liciacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "TIRPINELA"
854 — Carlos de Santander
MEJOR QUE UN REINO

COLEC. "MADREPERLA"
750 — Nyllanna
UN VESTIDO VERDE
ESMERALDA

COLECCION "ROSAURA"
894 — Maria Lar
UN RECUERDO DE PARIS

COLECCION "AMAPOLA"
551 — Amparo Lara
EL UMBRAL DEL ODIO

COLECCION "ALONDRA"
515 — Josés Navarro
VIDA MIA!

COLECCION "CAMELIA"
456 — Corín Tellado
CAMBIO FELIZ

COLECCION "CORAL"
143 — Corín Tellado
PARAJE PARA UNA VIDA

COLECCION "CORAL"
143 — Corín Tellado
EL CONSEJO
DE MARY-CHON

COLECCION "CORAL"
250 — Corín Tellado
ELLA Y LOS TRES

COLECCION "BISONTE"
795 — Fidel Prado
EN LA MASA DE LA
SANGRE

Col. "SERVICIO SECRETO"
659 — Keith Lusser
BALAS PERFUMADAS

COLECCION "BUFFALO"
493 — M. Lafuente Estefanía
CONTRAHANDO DE AIRMAN

COLECCION "TEXAS"
360 — John Lack
EL SARGENTO CLINTON

COLECCION "CALIFORNIA"
339 — M. Lafuente Estefanía
BARCOS FLEVIALES

COLECCION "COLORADO"
284 — Joe Mogar
LA VUELTA DEL FUGITIVO

COLECCION "KANSAS"
250 — M. Lafuente Estefanía
EJERCICIOS DE MUERTE

COL. "HEROES DEL OESTE"
212 — M. Lafuente Estefanía
SALOON VIRGINIA

COLEC. "ASES DEL OESTE"
202 — Sam Fletcher
¡ACORRALADO!

COLEC. "BRAVO OESTE"
114 — Clark Carrajes
LA MECHA Y EL BARRIL

COLEC. "PUNTO ROJO"
46 — Silver Kane
LA ESCALERA DE
CARACOL

COL. "SELECCIONES S. S."
26 — Alf. Regullic
LA MUERTE ACOSA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



N.º 1583

Joan Fontaine

Últimamente vimos a esta veterana estrella en "Viaje al fondo del mar". Nació en Tokio (Japón), el día 22 de octubre de 1917, es hermana de la también famosa estrella del cine Olivia de Havilland.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptes. ★ Impreso en España - Printed in Spain

NOTAS

[1] Ley federal que sanciona al rapto con la pena-muerte. (N. del E.).

< <